

De coleta a melena
y otros relatos

XI Certamen Internacional
de Relato Breve sobre
Vida Universitaria

“Universidad de Córdoba”



UCOPress



Editorial Universidad de Córdoba

De coleta a melena
y otros relatos

XI Certamen Internacional
de Relato Breve sobre
Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

De coleta a melena
y otros relatos

XI Certamen Internacional
de Relato Breve sobre
Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

De coleta a melena y otros relatos. XI Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba
12 x 19 cm, 116 pp.
THEMA: FX

DE COLETA A MELENA Y OTROS RELATOS

XI CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATO BREVE SOBRE
VIDA UNIVERSITARIA “UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA”

© Los autores
© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2022
Campus Universitario de Rabanales
Ctra. Nacional IV, Km. 396. 14071 Córdoba
Tel.: 957 212165
www.uco.es/ucopress
ucopress@uco.es

Esta edición ha sido cofinanciada por la Biblioteca
Universitaria de la Universidad de Córdoba

eISBN: 978-84-9927-728-8 (PDF)

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo
excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.*

ÍNDICE

Presentación	9
Jurado	13
SENIOR	15
De coleta a melena	17
Ratón de biblioteca	25
El viaje de la vida	33
La otra equis	41
El yayo	49
Las arrugas de los 18 años	57
El año que cerraron la Universidad de Valladolid ..	65
La universitaria admirable	71
Palabras en las paredes	77
JUNIOR	81
Palimpsesto	83
Cosas de humanos	87
De fines y medios	91
Huelga estudiantil	97
A las almas que nunca abandonaron la universidad	103
Fuera lloviendo y Psicopatología II a las 9	109
Eterna gratitud	113

Presentación

Un año más, la Universidad de Córdoba convocó en 2017, en el marco de la festividad del libro, el XI Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria. Se pone así de relieve el interés de nuestra institución educativa, la Universidad de Córdoba, por alentar las vocaciones y hábitos culturales de la comunidad que tutela y, en general, de la sociedad a la que presta y debe sus servicios. La apuesta por la creación literaria y por la expresión de la libertad artística a través de la palabra son señas de identidad de nuestra universidad. Este certamen, además, ha sido una excelente oportunidad para transmitir estos valores a la ciudadanía local, provincial, nacional e internacional.

La undécima convocatoria de este certamen mantuvo el éxito de participación de ediciones anteriores: 213 relatos (modalidad senior: 154 relatos; modalidad junior: 59) procedentes de España, resto de Europa (Bélgica, Francia, Sue-

cia, Suiza), América (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Ecuador, Estados Unidos, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela) e Israel. Como en ediciones anteriores, ha sido muy amplia la representación cordobesa, andaluza y, en general, española.

El jurado de este XI Certamen Internacional, cuyo fallo lo hizo público el día 29 de enero de 2018, valoró la alta calidad literaria de los relatos presentados, así como la originalidad y creatividad narrativas, que hicieron del fallo una decisión compleja pero, finalmente, unánime. Dicho jurado estuvo formado por el profesorado perteneciente a la Comisión de Biblioteca de la Universidad de Córdoba (de distintas áreas de conocimiento), la Directora de la Biblioteca Universitaria y un miembro del personal de la Biblioteca de la UCO, bajo la presidencia del Vicerrector de Estudiantes de la Universidad de Córdoba y Presidente de la Comisión de Biblioteca. Agradezco, a todos/as ellos/as, su entusiasmo, dedicación y aportaciones, incluso a esta presentación.

El relato ganador de la modalidad junior paraleliza el devenir de la existencia humana, en este caso en un lapso de tiempo que media entre la llegada a la Universidad y el inicio de la actividad laboral, con el “palimpsesto” que da título a la obra. De este modo, el empleo de una prosa descriptiva y precisa cimenta un discurrir

introspectivo en el que las vivencias y los días se suceden sin cesura, dando paso a nuevas circunstancias y experiencias, que mantienen como eje vertebrador la vida universitaria.

En “Cosas de humanos”, accésit de la modalidad junior, el autor nos da su particular punto de vista sobre algunas conductas universitarias que para él son incomprensibles: ciertos estereotipos que todavía pesan sobre la mujer, la masificación de las aulas, los avances tecnológicos frente a la nostalgia por un tiempo ya pasado o la falta de interés de algunos alumnos por los estudios. Solo al final, este narrador “tan poco humano” nos desvelará su identidad, dotando de sentido a todo el relato.

El relato ganador de la modalidad senior, “De coleta a melena”, presentado bajo el pseudónimo “Teresa”, posee calidad en forma y fondo, en factura y mensaje. En lo primero, presenta un estilo interesante, claro, atractivo, y de tan buen ritmo que el efecto final, broche perfecto al texto, es sencillamente genial por las formas verbales contrapuestas. En cuanto al contenido, une temas muy actuales y realmente todavía pendientes de aunar en toda su plenitud: la emancipación de la mujer, la realidad social y la diversidad cultural, representadas aquí en la minoría gitana, con una actitud fresca y positiva. Es difícil lograr las metas pero no imposible, poniendo así en valor la importancia de los motores o los valores como el esfuerzo, la ilusión y la decisión.

El accésit de la modalidad senior, “Ratón de biblioteca” nos presenta una ingeniosa descripción de las peripecias del protagonista, el ratón que da título al relato y que disfruta degustando los manjares que, en forma de libros, le proporcionan nuestras bibliotecas. Con un estilo ágil y vivaz, el autor repasa movimientos literarios y autores de diferentes etapas. Además, desde una perspectiva irónica, el texto relata las experiencias que el ratón somatiza tras la ingesta diaria y concluye con una crítica explícita a la falta de rigor en la búsqueda de conocimiento camuflado a través de información carente de rigor y fiabilidad.

El conjunto que aquí se presenta, una vez más, es una muestra de la vitalidad de la narrativa contemporánea en el ámbito novel. La Universidad de Córdoba contribuye así a potenciar la creación humanística como elemento esencial de una sociedad plural, rica y civilizada, donde la literatura permite al individuo manifestar su subjetividad, crear mundos más deseables, efectuar críticas diversas o, simplemente, refugiarse en el poder y la magia de la palabra, del lenguaje, que, como ya hemos reseñado en otras ocasiones, es, con orgullo, aquella capacidad cognitiva que nos hace genuinamente humanos/as.

ALFONSO ZAMORANO AGUILAR
Vicerrector de Estudiantes
Comisión de Biblioteca UCO

Jurado

El Jurado que falló el XI Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”
estuvo formado por:

Presidente:

Alfonso Zamorano Aguilar
*Vicerrector de Estudiantes
de la Universidad de Córdoba*

Secretaria:

Esperanza Jiménez Tirado
*Coordinadora del Club de Lectura
de la Universidad de Córdoba*

Miembros:

Eulalio Fernández Sánchez
Profesor Titular de Filología Inglesa

Soledad Gómez Navarro
Profesora Titular de Historia Moderna

M^a Isabel González Tapia
Profesora Contratada de Derecho Penal

M^a del Carmen Liñán Maza
Directora de la Biblioteca Universitaria de Córdoba

Pilar Montesinos Barrios
Profesora Titular de Ingeniería Hidráulica

Antonio Sarsa Rubio
*Profesor Titular de Física Atómica,
Molecular y Nuclear*

CATEGORÍA SENIOR

De coleta a melena

PABLO ESPINA PUERTAS

1^{er} Premio

Jueves. Mercadillo. Barras y toldo enmarcan, cual bastidor, el lienzo multicolor que dibujan faldas, pantalones y blusas. Ocupando el enfoque pictórico ella, “*La Yeni*”. Su figura esbelta, realzada por la forma escultórica de su espectacular coleta, se impone, de manera sobresaliente, entre la maraña de prendas. Figura a la que ahora mismo, empujada por la amalgama evocadora de sensaciones que provocan la visión del entorno, le apetece volar. Volar a ese mundo tan recurrente de “*Y si...*”: “Y si en vez de estar aquí estuviera...”, “y si pudiera”, “y si quisiera”...

Se siente, a veces, prisionera de la cultura y de la tradición. Ansía espacios de libertad, parcelas en las que poder depositar la semilla de *su* identidad y que esta vaya floreciendo. Es consciente de la dificultad que, como mujer, le supone pasar de ser objeto de la mirada a sujeto de esa mirada. Desearía ser mujer activa en la construcción de *su* propia historia. Es mujer. Es

gitana. ¿Y qué? Es, nada más y nada menos, una persona que pretende pintar *su* vida con un lenguaje que construya una existencia con un punto de vista distinto y diverso. Pero *su* punto de vista. *Su* opción. *Su* oportunidad.

Desearía apoyarse en la fuerza de la palabra. Ilusionarse con ese cuadro turbador que anhela pintar. Abandonarse a esa música evocadora que desea interpretar. Aprender, saber, acceder a la cultura sin tener que negar su identidad y procedencia, tener una “carrera”. ¿*Te imaginas? Yo, mujer gitana escritora. Yo, mujer gitana pintora. Yo, mujer gitana violinista. Yo, mujer gitana universitaria... ¡estás loca Yeni!* –parece ilusionarse con cierto reproche.

—*Me gustaría encontrar palabras rebeldes. Me gustaría emocionarme pintando sentimientos. Me gustaría interpretar melodías. Me gustaría estudiar.* –La mujer comienza su soliloquio de deseos y preguntas sin respuestas.

Con resignación, pero ilusionada –*no hay más remedio, así que...*– se ajusta el prendedor dando una forma monumental a su coleta antes de explotar todas las armas de seducción posibles que le ayuden a vaciar el puesto. Eso sí, sonriendo y soñando.

—*Me gustaría encontrar palabras rebeldes* –propone a la mujer que lleva dentro.

—*Pero... ¿Las buscas?* –parece contestarle.

Sonríe acordándose, con cierta nostalgia, de Mar, su maestra de apoyo. “Eres mujer gita-

na, tienes que esforzarte el doble o resignarte. Aprende. Recolecta todas las palabras posibles y empápalas de sentimientos, úsalas para amar, para gritar cuando sea necesario, para ser libre, para volar...” –solía decirle con cariño.

Dejó el instituto. Razón: “Estás pedida” –dijo su padre–. Acepta la tradición y la cultura ancestral por encima de todo. Pero nadie puede privarla de refugiarse en el mundo mágico y placentero, rebelde también, de las palabras, inoculado por la maestra. Son su obsesión: “Lo mejor del *mercadillo*: dos *calzoncillos*, tres *eurillos*” ha sido su última aportación.

Sueña. Sueña con volar. Con seguir los rasgos de una imaginación que levanta el vuelo y que abandona, con frecuencia, lo cierto para apresar lo maravilloso. Sueña con disponer de tiempos y espacios de creación donde se conjuguen sentimientos y palabras, anhelando que estas acudan solícitas al reclamo de lo que, como mujer quiere decir y que no sabe cómo hasta que ellas vengan a revelárselo. Sueña con palabras que palpiten, que le enamoren de manera turbulenta, que le ayuden a amar su cultura pero también a entreabrirla. Sueña con ser su *dueña*, con tener *identidad* en vez de ser *propiedad*, con *vivir* no solo para *parir*. Además de *criar*, quiero *crear* –sigue jugando *La Yeni*.

“Mujer, gitana, poeta”. Son las tres palabras que escribió en el ordenador del instituto –según le había enseñado la maestra–. “Papusha” poe-
ti-

sa, fue el nombre que apareció. Leyó su biografía. ¿Por qué no?... —se dijo. Recita de memoria el poema aprendido:

*Nadie me comprende,
sólo el bosque y el río.
Aquello de lo que yo hablo ha pasado todo
ya,
todo, y todas las cosas se han ido con ello...
Y aquellos años de juventud.*

Con ademán ambiguo, se lleva de nuevo las manos al prendedor. La coleta intenta zafarse en su afán por convertirse, primero, en cola de caballo. Parece que le cuesta.

—*¿Cuánto vale la blusa roja?* —pregunta la paya despertando de su ensoñación a la gitana.

—*La colorada, diez eurillos de nada* —responde orgullosa *La Yeni* por la rima conseguida.

Vuelve la gitana, la mujer gitana, hacia su interior.

—*Me gustaría emocionarme pintando sentimientos* —propone de nuevo a la mujer que siempre va con ella.

—*Pero... ¿identificas los sentimientos? ¿Reconoces las emociones? ¿O te las imponen?* —parece interpelarse a sí misma.

Sonríe. Sonríe observando la amalgama multicolor presente en su entorno: colores vivos, diversos, múltiples, ricos, únicos también. Ese azul cielo, o el azul marino, el verde bosque.

Cielo, mar, bosque... todos espacios de libertad. Ese “*amarrón*”, el “*encarnao*”, el “*negro enlutao*”, “*el dorao*”... –licencias lingüísticas de su raza que, mezclados adecuadamente con los otros colores “*apayados*”, podían componer una rica paleta cromática.

Sueña. Sueña con pintar escenarios y rostros alejados de estereotipos. O con estereotipos. Es igual. Pero que sean pinceladas que transformen. Le vienen a la mente las palabras –también lo buscó en el ordenador del instituto– de una mujer gitana y pintora, Lita Cabellut: “*La tragedia puede ser construcción*”, o las de otra pintora gitana también, Judea Heredia: “*Pintar es perseguir un sueño*”.

Sueña con pinceladas de libertad que, aparte de saborear la riqueza de la creatividad, le permitan plasmarla diversidad de tonalidades de sus mundos: el gitano en general y el femenino en particular.

—*Con esos ojazos azules que tienes mi “arma”, y esta blusa “floreá” que te cae que ni “pintá”, te van a venir los hombres en “mandá”* –susurra *La Yeni* a la señora sabedora del valor de la combinación cromática en la coquetería femenina.

Aprieta de nuevo su coleta que hoy, inquieta como está, se bambolea entre impulsos e inhibiciones. Sin definirse. De coleta a cola de caballo y al final melena suelta. Sería un buen recorrido, sin duda.

—*Me gustaría interpretar melodías. Compartir las* —vuelve a sugerir a la mujer que siempre va con ella.

—*Pero... ¿lo intentas?* —parece recomendarle.

Sonríe imaginándose en un escenario desgranando pentagramas, frotando con maestría el arco del violín —su instrumento preferido— y siendo toda ella centro de miradas y oídos. Pero toda ella. Cuerpo e instrumento fundiéndose con las notas sintiéndose reconocida en su totalidad, no solo por su apariencia, sobre todo por su valía.

Sonríe también, recordando a la maestra de música de la escuela: “Tienes cualidades musicales, *Yeni*. Explótalas.” —solía decirle. Sí. Claro. Habrá visto ella muchas mujeres gitanas tocando la guitarra o el cajón. A lo sumo bailar, palmar o tocar las castañuelas. Papel secundario siempre —refunfuña interiormente *La Yeni*— ¡Si pudiera tocar el violín!

Sueña con interpretar partituras que abran corazones al disfrute de la música. De cualquier tipo de música. Sueña con tener la posibilidad de explotar su talento. Como cualquier mujer. Sueña con escaparse, con volar a mundos de libertad. Como cualquier persona.

Ostalinda Suárez fue el nombre que apareció en el ordenador después de teclear: “mujer gitana violinista”. Otro ejemplo a seguir. Otra mujer que, sin negar su identidad, siguió el camino que

le dictaba su condición de mujer y ante todo, su condición de persona ¡Pero son tan pocas!

—*Estoy que lo tiro: si me compran una camiseta les canto una saeta* –rima y entona *La Yeni*.

La coleta, ayudada por la brisa liberadora y sugerente, va perdiendo paulatinamente su forma. Quiere zafarse esperando que el aire dibuje unas pinceladas profundas con el pelo moreno dentro del cuadro.

—*Me gustaría llegar a la universidad, estudiar, tener una “carrera”*. *La de Derecho sería la ideal* –expresa en ese soliloquio interior tan satisfactorio.

—*Y ¿por qué no lo intentas? ¿Por miedo? ¿Por “apayarte”?* ¡*Cobarde!* –se espeta a sí misma.

Sonríe anticipando el placer y la seguridad que podría experimentar siendo sabia en leyes. “Yenifer Hernández. Abogada” rezaría en el cartel de la entrada. Sonríe también, con cierta arrogancia, sintiéndose ejemplo a seguir. Apareciendo en el ordenador como mujer, como gitana, como universitaria. Como abogada. Sin duda sería un referente.

Sueña con defender causas justas. Con tener acceso a la cultura para resaltar “su” cultura quitando estigmas que como raza, han heredado”. Sueña también, con no tener que renegar de su procedencia porque vaya a la universidad. Sueña.

Ainhoa Carbonell es su referente. “*Yo rompí con la historia predefinida para mí*” fue la frase que la impactó y que hizo suya ¡Quién pudiera hacer y decir eso!

Mientras recoge su puesto, continua la mujer gitana en permanente vaivén de la realidad al sueño, moviéndose entre el desasosiego y la resignación y viceversa.

¿Y la coleta?...

Cayó, por fin, el prendedor deshaciendo del todo la coleta y liberando al aire su melena pero... *calló La Yeni*.

Ratón de biblioteca

LISANDRO JOSÉ REHOLÓN GONZÁLEZ

Accésit

Soy un ratón de biblioteca, sí, pero no en el sentido figurado de la expresión, no. Soy un roedor dentado genuino, como todos los demás de mi especie, y tengo orejas de ratón, cuerpo de ratón, cola de ratón... En fin, soy un ratón tetrápodo, urbano y mundano, y vivo en las bibliotecas de la Universidad de Córdoba, sí. De allí que en definitiva yo sea un ratón de biblioteca.

Por otra parte, soy, además, un comelibros –o tragalibros– como usted lo prefiera, solo que una vez más, no se trata de las típicas expresiones coloquiales referidas a los seres humanos que leen muchos libros, acumulan conocimientos o son muy sabios. Yo en realidad devoro con fruición centenares de páginas de libros anualmente, entre otras cosas. Es decir, me los como. Debemos recordar que nuestra condición de animales omnívoros es precisamente una de las cualidades que nos ha permitido evolucionar y sobrevivir en el planeta por más de veinte mi-

llones de años, lo que de paso significa que vimos aparecer a la especie humana sobre la tierra—ustedes son unos recién llegados, digámoslo así— y muy probablemente también los veremos extinguirse.

Pero volvamos a nuestro tema. Cuando uno vive en una biblioteca es obvio que la provisión más abundante de alimentos está en las estanterías, archivos, anaqueles y vitrinas, contenida toda esa potencial comida en un número grande de volúmenes de papel, cartón, pergaminos, manuscritos, mapas, lienzos, alfombras, tapices, telas, hilos, pegamentos y otros materiales similares, parecidos e inclusive diferentes que utilizamos con otros fines, como la madera y el plástico que usamos para manejar el estrés y mantener el tamaño de nuestros dientes incisivos bajo control. En fin, las bibliotecas constituyen medios idóneos para nuestra supervivencia y allí no vale la cantidad o calidad de métodos de control de plagas que empleen. Ustedes saben de nuestra capacidad para el camuflaje, para fabricar escondrijos y, por si fuera poco, nuestros dones escapistas. Es solo cuestión de tiempo que nos adaptemos o aprendamos a evadirlos o inclusive a convivir con sus métodos y medios de exterminio por novedosos o ingeniosos que sean.

Ahora bien, tal como sucede con ustedes—hombres, mujeres y niños— nosotros los ratones de biblioteca tenemos nuestras preferencias

y hemos desarrollado gustos y placeres a partir de la oferta gastronómica que tan gentilmente la raza humana ha puesto a nuestra disposición, aunque –debo decirlo– esa no haya sido su verdadera intención.

Por ejemplo, si hablamos de probar una exquisitez, debemos recurrir a los manjares de la Edad de Oro de las letras españolas. Sin embargo, es menester tener criterio porque no es igual comerse una obra de Lope de Vega, que nos desgarrará dejándonos una angustia existencial en nuestra alma de roedores y hasta en el mismísimo estómago, que saborear a Quevedo y morir de la risa mientras hacemos la digestión. Mientras que con Luis de Góngora –¡Ah!, placer de placeres– recorreremos la campiña de nuestros orígenes, alborotamos y complacemos nuestros sentidos naturales hasta exacerbar nuestras sensibilidades más atávicas. Y de Calderón de la Barca –ay– nadie como él para proporcionarnos una cena liviana e irnos a dormir, soñar y despertar a una nueva realidad cada día.

Por otra parte, disfruto a Shakespeare mientras mastico sus tragedias. Su estructura hermosa e inteligente me abrumba, pero a uno le queda en la lengua cierto sabor a sangre y veneno. Y mira que –lirismo aparte– el hombre es casi tan sangriento como el Drácula de Bram Stoker. Y de su fijación por los venenos y bebedizos, pues, se me hace muy digno de un estudio de Freud. Hasta me extraña que no haya escrito alabanzas

a la cicuta, aunque sé que el espíritu de Sócrates y otros clásicos de la antigua Grecia se pasearon con frecuencia por sus tragedias y a veces con un bien velado disimulo le sirvieron de inspiración. Es conveniente, entonces, acompañar las letras del gran maestro inglés con el buen vino seco que guardan en sus escritorios los directores de las bibliotecas para limpiar nuestras papilas y continuar luego con nuestros menesteres: olisquear, roer, raer, curiosear... Por cierto, hay quienes esconden un poco de brandy y ocultos se echan un sorbito de vez en cuando —eso es cosa de cada quien— pero siempre sabemos encontrarlo. Somos maestros en el arte de buscar y encontrar.

Cuando amanece soy muy dado a platos optimistas que he bautizado como “Los Migueles”. Me refiero a los escritos de Miguel de Cervantes y Miguel de Unamuno. No hay como comenzar el día engullendo al Quijote para ver la vida de manera afirmativa, y si hemos de tener claridad de mente y espíritu, apenas unas líneas de *San Manuel, bueno y mártir* del gran escritor y filósofo bilbaíno, harán nuestro presuroso andar muy seguro y alegre, con claridad de propósito.

Como refrigerio de media mañana o para acompañar el té o el café de media tarde también son buenos los poemas de Gustavo Adolfo Bécquer y el *Romancero Gitano* de García Lorca, sin descartar, eso sí, a Miguel Hernández por lo breve y lo bueno. Roer, masticar y tragar con placer constituyen sin duda el buen comer.

Los fines de semana son de fiesta, eso sí. El pasado sábado disfrutamos en grande con unas partituras originales de *La Traviata* de Verdi, y no conforme con ello nos devoramos el último disco de vinilo grabado por Luciano Pavarotti, *Contentivo del Bríndisi*, el aria más famosa de esa ópera. Sin embargo, los gustos de mis congéneres tienden más hacia lo popular, siendo las sevillanas y el flamenco sus ritmos preferidos, porque también en el mundo de los ratones está presente la extraordinaria amalgama cultural andalusí y con ella vibramos.

Ahora bien, a veces de tanto comer suceden cosas terribles. No es conveniente comerse todo cuando se haya servido a la mesa; es cuestión de sentido común. Por lo menos una indigestión nos ganamos si exageramos.

El otro asunto es que con frecuencia nosotros los ratones de biblioteca cometemos errores que a la larga se pagan muy caros. Permítanme contarles.

Unas semanas atrás se me ocurrió visitar la Hemeroteca de la Biblioteca Central. El olor a tinta y papel fresco del día era toda una tentación y, no más cerraron las puertas y apagaron las luces, me abalancé sobre la cortina de diarios de todo el universo conocido. Los había de todos los gustos, idiomas y colores, en muchos formatos y de diferentes orígenes, pero con una cosa en común: nuevos, recién llegados, olorosos a celulosa.

Así las cosas, yo que siempre me había propuesto cuidar lo que comía, sobre todo en un medio donde la abundancia y la variedad no era problema, no pude contenerme y comencé una carrera frenética clavando mis dientes y muelas sobre toda clase de escritos sin percatarme de que se trataba de noticias terribles, de mensajes negativos y lenguaje desalentador, guerrerista y discriminatorio. Pero lo peor estaba por llegar: me tragué casi completo, sin siquiera masticar, varios discursos políticos. Aquello fue atroz. Comencé por sentir calambres en el estómago, luego un aturdimiento perturbó mis sentidos, mi cuerpo todo empezó a convulsionar y finalmente colapsé. De no haber sido porque algunos amigos estaban cerca y escucharon el ruido que hice al desplomarse mi cuerpo, tal vez no estaría contándolo.

El diagnóstico de los médicos no fue otro que desorden alimentario. Fui víctima de una compulsión por comer de una manera desmedida y tal vez el olor a celulosa fresca alteró la química de mi cerebro, todavía no lo sabemos con precisión, aunque se sabe que la calidad del alimento influyó en mi grave condición.

Lo cierto es que, como todo en la vida, también en los escritos hay materia dañina. Nada está exento de elementos buenos y malos, y ninguno de nosotros es inmune a sus consecuencias. Aun en las bibliotecas, con todo lo útil y positivo que significa disponer de un recinto en

el cual se documenta el conocimiento en todas sus manifestaciones, no todo lo que se lee resulta siempre de provecho. Es menester, una vez más, tener criterio y consultar a quienes tienen más experiencia y pueden proporcionarnos una guía adecuada.

En mi caso, después de haber llevado una existencia plena consumiendo narrativa, poesía, tragedias y comedias de los más aclamados e ingeniosos hombres de las letras y las artes, estuve a punto de sucumbir a la mediocridad y a la frivolidad del alimento fácil e inmediato, el equivalente de la comida rápida intelectual de nuestros días, la que se lee en los medios impresos a todo color de hoy, también presentes en Internet y en las llamadas “redes sociales”, a través de los cuales nos venden un supuesto conocimiento, de muy dudosa calidad, como mercancía.

Ahora entiendo aquel refrán de mi abuelo: “Atentos ratones, buscad adentro, que no todo lo blanco es harina”. Este es el consejo de un modesto ratón de biblioteca. Nada más.

El viaje de la vida

JOSÉ LUIS BARROS JUSTO

Las autopistas no son un buen lugar para llorar, así que me detuve en el área de servicio que primero encontré. Aparqué a pocos metros de la salida, lejos de la tienda-restaurante y de los surtidores de gasolina. Desde esa posición podía ver los coches que circulaban por la autopista, veloces, hacia el sur, ¿Porqué tanta prisa? ¿Para llegar a dónde? —me pregunté.

Es mediodía y hace bastante calor, el sol cae a plomo sobre el techo del coche, no hay árboles ni uralitas que den sombra en este aparcamiento, no es un lugar recomendable para quedarte mucho tiempo. Hace poco más de media hora que dejé a mi hijo en la universidad y voy de regreso a casa. Alberto va a comenzar Informática la próxima semana, y vivirá en un piso compartido, de lunes a viernes. Le he ayudado con la maleta, los libros, el ordenador, la ropa y veinte cosas más que su madre insistió en que le harían falta.

Una vez instalado nos hemos despedido en la cafetería del bajo.

—Bueno, cuídate, cualquier cosa nos llamas. Y estudia mucho, ya sabes lo que nos cuesta que puedas estar aquí, aprovéchalo, ¿de acuerdo? —le aconsejé.

—Si papá, no te preocupes, ya, vale —dijo, un poco sonrojado, pero serio.

Era de pocas palabras —como su padre.

Intenté dejarle un poco más de dinero, pero lo rechazó diciendo que le llegaba el que tenía. Subí al coche, encendí el motor y me despedí con la mano.

Tan pronto como entré en la soledad de la autopista el recuerdo vino a mí con claridad. Siempre había estado ahí, agazapado como un tigre, tan solo se manifestaba en los viajes largos, cuando conducía solo, sin más compañía que la radio y mis pensamientos. La primera podía apagarse.

Esta vez fue más fuerte que las demás. La similitud era tan grande: la edad, la ocasión, la maleta. Debía parar, no tenía más remedio. Era una sensación apremiante y dolorosa en la garganta, me costó llegar al área de servicio, no pude lograrlo con los ojos secos.

Mi padre murió hace años, su recuerdo no. Pocas veces lo vi llorar. No le habían enseñado a manifestar sus sentimientos —a mí tampoco.

Ahora, como adulto, se revela en mis propias carnes la forma en que mi padre intentaba demostrarme su amor. Siempre se preocupaba por mí, se esforzaba, me llevaba y traía. Yo sabía que podía contar él, que nunca me fallaría, que siempre estaría ahí para lo que fuese. Y estuvo, siempre, hasta los últimos días, cuando el cáncer y la morfina ya no le permitieron más esfuerzos.

Yo, como él, no soy de muchas caricias. Quiero a mi manera, de piel para adentro.

Al terminar el bachillerato, con diecisiete años recién estrenados, me matriculé en la universidad, a ciento cincuenta kilómetros de casa. El día de la matrícula me llevaron mis padres, en coche, hasta la facultad. Era martes. La amable funcionaria de Secretaría me devolvió los papeles, sellados y firmados, y con toda la naturalidad —en un acto repetido cien veces— dijo:

—Mañana comienza el curso propedéutico, a las ocho de la mañana, con la presentación en el aula magna, traiga una libreta. ¡Siguiente!

Los tres nos quedamos de piedra, suponíamos que las clases empezarían dentro de dos meses, ¡no al día siguiente!

Desde aquel día maldigo siempre mi escaso conocimiento del griego y del significado del término propedéutico. También les tengo, desde entonces, cierta manía a los funcionarios estirados y bordes, que no saben explicar bien las

cosas. Si tan solo me hubiese dicho que la asistencia a aquel curso no era obligatoria...

Pero, en fin, ante la sorprendente situación nos pusimos de inmediato a buscar un lugar en el que poder quedarme. Mi padre comenzó a preguntar por aquí y por allá hasta que le dieron la dirección de una casa que alquilaba habitaciones, muy cerca del campus. Habló con la dueña, le pagó la semana por adelantado y nos fuimos a comer a un Burger King. Yo me quedé en la ciudad para ir familiarizándome con los alrededores: la parada del autobús, la distancia a la facultad, la farmacia y el supermercado más cercano, etc. Mis padres regresaron a casa para prepararme una maleta. Volvieron a traerme todo lo necesario, hicieron cuatro viajes en un solo día, ¡seiscientos kilómetros!, eso es amor.

Todos los domingos mi madre preparaba mi maleta. Después de comer y descansar un rato, mi padre me llevaba hasta la estación de autobuses, y allí me dejaba, sobre las cuatro de la tarde. Pero, en algunas ocasiones, por una u otra razón, esa rutina se rompía y decidía llevarme en coche. Luego tenía que regresar solo.

Para coger la autopista había que atravesar media ciudad, pero un domingo por la tarde eso no era un problema. Una vez pasado el peaje hay que subir las ventanillas, a ciento veinte —o más— la velocidad del aire que entra por la ventana no es agradable, prefieres aguantar el calor y el sol

que te da de frente. Te entretienes con el paisaje, con los espejismos del sol sobre el asfalto, con alguna cinta de música en el radiocasete, y un poco –muy poco–, con alguna conversación corta:

—¿Tienes exámenes esta semana? –preguntaba, sin apartar la vista de la carretera.

—No, empezarán a final de mes. Por ahora solo hay trabajos.

—Bueno, tú no te despistes, no vayas a dejarlo todo para el último momento –insistía.

—No, no, claro. Ya estoy repasando por las tardes –era un pecado venial.

Entonces, empujaba el mechero y sacaba el paquete de cigarrillos que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa. Me ofrecía. Yo sacaba dos, uno para él, otro para mí. Cuando el mechero saltaba, encendía primero el suyo y se lo pasaba. Había que bajar un poco el cristal para que saliera el humo. Era un momento sin palabras, cinco minutos de silencio, yo pensando en lo mío, él posiblemente pensando en mí. Dos hombres, padre e hijo, en el viaje de la vida, cada uno por su carril, a su propia velocidad, con la ventana casi cerrada.

Al llegar, la rutina era sencilla: aparcar frente a la casa, bajar la maleta y dejarla en la habitación, cerrar con llave y volver al coche. Entonces nos íbamos a un centro comercial cercano, al borde de la avenida que luego tendría que recorrer mi padre para volver a la autopista y regresar a casa.

—¿Café? ¿O prefieres un refresco? —preguntaba.

—Café con leche, templado —era la respuesta más frecuente.

Nos sentábamos ante una mesa de plástico, con bancos del mismo material y de un color amarillo chillón. Él traía la bandeja con la consumición —dos cafés, uno solo y bien cargado. La tomábamos en silencio, viendo los coches que pasaban por la avenida, haciendo algún comentario banal.

—Bueno hijo, va siendo hora de irme, hay que llegar a tiempo para la cena, ya conoces a tu madre —esbozaba una sonrisa, pero yo notaba su tristeza en la mirada lánguida.

—Sí, vale —le contestaba, mientras aplastaba el vaso de plástico del café. ¡Buen viaje!

—Gracias, al menos ahora no nos va a cegar el sol. Metía la mano en el bolsillo y me ofrecía algún billete. Yo siempre lo rechazaba:

—No, no, ya me llega, no te preocupes —sabía lo que le costaba ganarlo.

—Bueno, cuídate. Nos vemos el viernes. Venga, adiós —y se montaba en el coche, ponía en marcha el motor, saludaba con la mano izquierda y se iba.

Nunca hasta ahora me preocupé por su viaje de vuelta: ¿Qué pensamientos le acompañarían durante esas dos horas? ¿Qué música oiría? ¿En qué paisajes se fijaría? ¿Se sentiría triste?

Ahora estoy casi seguro de conocer las respuestas. Tan solo me ha costado treinta años. La vida me ha devuelto la partida, con distintos jugadores, pero en el mismo tablero.

Mi hijo se ha quedado solo: ¿En qué pensará? ¿Habrà notado mi cariño?; ¿Habrà notado que un pedazo de mi corazón se quedaba con él?, creo que no, yo tampoco lo noté años atrás. Me hubiese gustado tanto decirle que lo quiero, que me preocupo por él, que voy a extrañarlo estos días que no está en casa.

Menos mal que me acordé de poner pañuelos desechables en la guantera.

Enciendo el coche y pulso el botón de la radio, la música distrae, no quiero que me atrape de nuevo la tristeza. Salgo a la autopista, acelero y pongo el intermitente para incorporarme al carril, pero:

—¿Qué hace ese estúpido del camión? Se me va a venir encima...

Así, comienza de nuevo el viaje de la vida.

La otra equis

ROSARIO GINÉS MONTORO

Entró en la habitación. Suspiró, dejando escapar todo el aire que los nervios habían retenido en su pecho. Se quitó la levita y la capa y dejó su maletín en el suelo. Se miró al espejo. José Vilamayor. Futuro jurista. Se quitó el sombrero. Varios de sus rizos cayeron sobre sus hombros.

Sonaba bien, salvo porque no era José Vilamayor. Se llamaba Ángeles Ridaura. Le costaba horas parecer un hombre, escondiendo sus finas manos, sus formas, su caminar, sus palabras...

Era el muchacho extraño de un pueblo salmantino. Apenas sabían de él.

No podía permitir que nadie se enterara. Ella siempre quiso estudiar leyes pero su familia la disuadió.

No quería languidecer en su casa como su madre. Tampoco quería que nadie la mantuviera ni sentirse menos por ser mujer. Fue duro borrar su identidad. A pesar de eso, nadie sabe quién se esconde tras esa toga y tras ese ímpetu. Ama la

justicia desde bien pequeña. Quiere defender a la gente que no tiene voz, como le ocurre a ella ahora. Quiere que las mujeres puedan sentirse libres de las cadenas que las atan. Esa tarde la felicitaron en clase por la fundamentación de la defensa de un cliente.

Su uso de las fuentes del Derecho Romano habían impresionado al mismo profesor, que quiso saber quién era aquel joven tan brillante y refinado. Ella se escapó como pudo de las alabanzas. Intentar poner voz grave, hablar como ellos y usar sus gestos no serviría de nada si la descubrían. Podrían incluso encarcelarla.

Entonces lo oyó. Un golpe en la puerta. Sus ropas ya estaban en la silla y su condición de mujer era innegable ahora. El rector de la Universidad. Querían hablar con él urgentemente. No había posibilidad alguna de vestirse en apenas un minuto. Volvieron a aporrear la puerta. Se estaba impacientando y el pomo comenzaba a girarse. Todo su futuro estaba a punto de truncarse en apenas un segundo aquel otoño de 1860. Al otro lado de la habitación entraba el aire entre las cortinas. No podía soportar que todo acabara ahí. Que no pudiera lograr lo que más deseaba. Sintiendo aliviada por recibir las felicitaciones aquella tarde, después de un año entero de esfuerzo, comprendió que había valido la pena y se dirigió a la ventana.

Susana Montalvo, abogada especializada en violencia de género, oyó la llave introducirse en la cerradura y todo un escalofrío recorrió su cuerpo. En su bufete ella insufla fortaleza a muchas de las mujeres que no querían denunciar. Era una figura de renombre en la profesión por todos los juicios ganados. Sin embargo, en casa, era sólo Susana, esa mujer atemorizada y pequeña que no era capaz de nada, que no podía hacer lo que quisiera ni vestir como considerara.

Esa mujer que ha llegado a creerse que no sirve, que es inútil y que jamás podrá escapar. Que debe aguantar por sus hijos. Que en el fondo, no pasa nada. Ha conocido a mujeres a quienes les ha ido mucho peor. No debe quejarse.

¿Cuántos años podría aguantar? ¿Cuánto tiempo? ¿Hasta que los niños fueran mayores de edad? ¿Quizá más? Mil preguntas que se arremolinaban en su cabeza y que se disipaban de un plumazo cuando él estaba cerca. Intuye el humor con el que viene y siente el dolor de sus huesos por anticipado.

Entonces sólo importaba una cosa: estar prevenida para el próximo golpe.

Una tarde lo decidió. No quería vivir así. Había sufrido ya demasiado y no podía seguir escalando la montaña. En esos momentos se le revelaba, con una lucidez diáfana y aterradora, que él no iba a cambiar.

Cuántas veces había pedido a sus clientas que lucharan. Que lucharan hasta el final. Pero no podía más. Tuvo sentimientos encontrados.

Fue al desván y abrió una caja de objetos antiguos heredados de su bisabuelo. Entre decenas de fotos de miradas de otros tiempos halló lo que buscaba.

Un pequeño revólver. Era de su padre y estaba cargado.

Hacía unos meses que lo había buscado y cada día la idea de cogerlo rondaba su cabeza con cierta frecuencia. Fue aquel día el que materializó esa posibilidad. Lo cogió entre sus manos temblorosas mientras observaba todos los recuerdos de su familia. Cerró los ojos y lo agarró, colocando el dedo índice en el gatillo.

La policía llegó al número 19 alertada por los vecinos, que habían escuchado un disparo.

Allí, en un dormitorio al fondo del pasillo, se encontraba una mujer agarrando un pequeño revólver. Justo frente a ella había un hombre de pie. Estaba inmóvil. Había una bala en la pared, solo unos centímetros por encima de la cabeza de él. Según pudieron averiguar, ella había planeado acabar con su vida. Sin embargo, justo en el momento en que estaba a punto de hacerlo, había encontrado una carta que le hizo cambiar de opinión. Cuando llegó su marido del trabajo,

ella le comunicó su intención de divorciarse e irse de la casa, a lo que él se negó dándole una bofetada como tantas otras veces. Entonces ella empuñó el revólver con el objeto de asustarle, dando un tiro al aire. Cuando le preguntaron qué decía en aquella carta, por toda respuesta contestó que era de su tatarabuelo y le había hecho comprender que no podía tirar la toalla.

Le había llamado la atención la delicada y minúscula escritura a pluma justo cuando empuñaba el arma.

Estimados señores Ridaura,

Queremos ponerles en conocimiento de un desafortunado y trágico incidente que ha ocurrido con su hijo (mejor dicho, con quien nosotros pensábamos que era su hijo) en la Facultad de Derecho. Hemos caído en la cuenta de lo engañados que hemos estado al creer que la muchacha que hemos descubierto hoy era un brillante y apasionado joven que obraba según le dictaba su puro espíritu y claro entender. Cuando nos dirigimos en la tarde de ayer a felicitarle, no ha contestado a nuestras llamadas, y al pensar que algo malo hubiera podido ocurrirle, hemos abierto la puerta comprobando que no era un varón, sino una joven quien se escondía bajo los ropajes. Seguramente fruto de su vergüenza y consciente de la deshonra que esto supone, la muchacha estaba a punto de arrojarle por la ventana. Sin embargo, por ventura ha podi-

do ser disuadida de ello al sujetarla el rector de esta casa. A pesar de todo ello, no podemos consentir lo sucedido, puesto que las mujeres no son admitidas en el estudio de las leyes. Les instamos a que vengan a recogerla a la mayor premura posible antes de que manche todavía más el honor de esta escuela.

16 de Octubre de 1860

Y ésta había sido la contestación del padre de la joven:

Muy señor mío,

Lamentamos tal confusión. Nosotros mismos no sabíamos de los deseos de Ángeles. Sin embargo, gracias a este desafortunado incidente hemos podido conocer su verdadera ilusión. Hemos descubierto que tiene una pasión que prevalece sobre todas, y es la de convertirse en letrada y ayudar a los demás. Creemos que los dones que le han sido concedidos a uno por la Divina Providencia no pueden ser desaprovechados por el solo hecho de haber nacido hombre o mujer. Tanto mi esposa como yo la habíamos disuadido y desconocíamos de todo punto lo que ella estaba haciendo de verdad cuando la creíamos recluida en un convento de clausura como postulante, ante su negativa a querer casar. Este hecho nos ha hecho reflexionar sobre lo equivocados que estábamos. La vida de nuestra hija ha podido acabar por una causa inane, como es la

de pensar que una mujer es menos que un varón. Pero la causa por la que ella hubiera entregado su vida no es trivial. Desea de verdad convertirse en alguien de provecho y defender causas imposibles. Salvar almas y luchar por los derechos de los más necesitados. No podemos desconocer todo ello. Hemos decidido que si no es en su Facultad, será en otra. Aunque tengamos que vender todas nuestras posesiones, estamos decididos a ayudar a nuestra hija a conseguir lo que es justo. Aceptamos su decisión. Ustedes deciden si pierden a una futura gran letrada.

Sin otro particular, Andrés Ridaura.

Susana desconocía estos hechos. Sabía que su tatarabuela había sido una gran abogada, pero no todo lo que luchó hasta conseguirlo, hasta el punto de casi dar su vida. Recordó como de pequeña su abuelo le contaba las historias de aquella gran mujer y comprendió entonces de dónde vino su deseo de estudiar Derecho, algo de lo que jamás había sido consciente. Comprendió entonces que no podía acabar ahí. Su tatarabuela había conseguido al final su objetivo, y gracias a ella muchas otras mujeres habían logrado estudiar.

Susana apartó el revólver de su sien. Ahora veía un futuro donde quedaba mucho por luchar, pero donde ya no cabían más golpes ni más disfraces. No había máscara posible ante la igualdad. Respiró hondo, como nunca lo había hecho.

Oyó la puerta pero ya no sintió miedo. Su vida empezaba hoy.

El yayo

LOURDES ASO TORRALBA

Isaac Llesurt rejuveneció con su jubilación. Ya sin las prisas de las jornadas laborales, se aplicó en la redacción de la solicitud de ingreso en la Universidad, ante la mirada expectante de los suyos, que lejos de apoyarlo, veían en esa conducta algo de desvarío, mucho de capricho pasajero y cuarto y mitad de frustración al dejar de sentirse útil. ¿Para qué mentir? Era viejo. El reuma y la artrosis lo habían vuelto lento. Y su neurólogo le había diagnosticado una enfermedad degenerativa con pérdida de capacidades y memoria.

—Haga crucigramas. Intente leer el periódico. Revise viejos álbumes de fotos. Conseguirá retrasar los efectos secundarios.

A Isaac Llesurt ganas le dieron de pegar un puñetazo en la mesa. Hacía todo eso y cada vez las lagunas eran más habituales. Le costaba encontrar el portal de casa, olvidaba nombres y dudaba si alguna vez había trabajado repartien-

do cartas, cuando todavía se escribía con tinta y pluma de ganso.

Solo una cosa tenía clara. Si la Universidad preparaba a uno para la vida, allí era donde tenía que ir.

El Comité de evaluación de las candidaturas de los aspirantes estaba perplejo. Jamás antes Harvard University había recibido una petición de tales características. El debate se prolongó durante horas entre quienes querían darle una oportunidad y quienes hablaban de una pérdida de tiempo. También salió a colación el severo problema sobre si deberían adaptar el ritmo de sus clases para que el yayo *grandfather* (así lo habían apodado amistosamente) no se sintiera discriminado.

Lo que definitivamente decantó la balanza fue esa hipótesis con la que parecía estar retán-dolos a devanarse la sesera. Hablaba sobre la absoluta ignorancia de los que se decían eruditos en el campo de la neurología (el cerebro se resistía a desvelar sus misterios) al afirmar que las lesiones sobre la sustancia blanca cerebral no podrían impedirle entender los conceptos de Bioquímica y Biotecnología de las Ciencias de la Fermentación. Aseguró a pie de página que podía demostrar en primera persona el error empírico que contenía el diagnóstico (más hace el que quiere que el que puede) y, aunque los Catedráticos dudaban, sentían enorme curiosidad por la progresión de un alumno que, de entrada,

rompía todos los moldes. Estamparon el sello de admisión.

El primer día de clase Isaac Llesurt no sabía cómo vestirse, si con traje y corbata, el único que tenía para las bodas, comprarse unos vaqueros con rotos en la tela y zapatillas brillantes o marchar con lo de siempre, ya seguro de que llamar la atención iba a ser inevitable. Estaba nervioso, la cosa no era para menos. A su alrededor, las niñas que podían ser sus nietas, olían a colonia de fresa y los chavales aún llevaban acné en las mejillas imberbes. Observó a esos jóvenes como si él hubiera parado el tiempo en aquella edad. Venían dispuestos a enamorarse, a divertirse, memorizar conceptos, aprobar los exámenes y a Isaac le temblaron las piernas. Se había perdido mucho de todo eso. Él no había tenido la oportunidad de ir a la Universidad en su día, y ahora, rozando los setenta, la pisaba por primera vez como alumno de pleno derecho.

Isaac Llesurt se consiguió sitio en la primera fila de la bancada. Su oído ya no era el que fue. Apuntes no tomaba porque los profesores hablaban demasiado deprisa y su pulso titubeante no era rápido. Se limitó a escuchar. Incluso se echó una pequeña siesta cuando dejó de interesarle la materia. Abrió la boca para discrepar en un intenso debate sobre el capitalismo de Marx, dejó sin habla al profesor de Álgebra al asegurar que tenía la solución al teorema de Fermat sin siquiera la técnica del descenso infinito variante

del principio de inducción. Pero lo que más sorprendió al conjunto de Catedráticos fue la agilidad mental para el cálculo infinitesimal y cómo lo relacionaba con sucesos históricos tales como el número de soldados de infantería que pronunciaron la palabra no, como negación de todo lo conocido durante el desembarco de Normandía.

No, Isaac Llesurt no parecía loco. Hacía los deberes por la noche. Leía los libros recomendados. Transportaba hojas de papel escritas en alemán, en chino o en inglés, todas con anotaciones en los márgenes por haberlas estudiado a fondo.

En el ir y venir del profesorado por la sala de reuniones (café rápido y cotilleos de última hora) no se hablaba de otra cosa, del yayo y de su gran vitalidad.

Y como si se invirtieran los papeles, en el campus aparecía el coche del hijo que venía a recoger a su padre a la salida de las clases. De cuando en cuando intercambiaba un saludo con los alumnos y, el resto del tiempo aguardaba con la nariz pegada al ordenador.

—¿De espera? Su padre no tardará en salir. Les vi ir al Laboratorio de prácticas y se estarán demorando con el experimento.

—Ya —dijo como para ser educado nada más.

—¿Y usted ve bien lo de su padre? ¿En serio es cierto eso de la degeneración neuronal?

Más silencio. Aguardaba como todos a que llegara la evaluación del proceso de aprendiza-

je. En los primeros exámenes el yayo obtuvo un aprobado y, aunque le costó llegar hasta el panel de notas y encontrar su nombre en la lista, saltó tan contento como todos los demás.

Una gripe afectó al yayo después de los exámenes de febrero. Lo que parecía solucionarse con una semana de reposo se prolongó una más por la complicación de neumonía que, a sus años, lo dejaron para el arrastre. Algunos jóvenes lo mantenían al día con los apuntes e incluso se tomaron la molestia de fotocopiarlos y hacérselos llegar a casa, como en el instituto. Habían hecho una porra con apuestas no muy elevadas sobre si el yayo sería capaz de aprobar todo en junio o cuantas le quedarían para septiembre y nadie quería perder los euros que podían haber destinado a cervezas. Veían en el yayo al propio abuelo de cada uno y les resultaba tan excitante tenerlo de compañero que le habían tomado cariño.

Fue el profesor adjunto de Patología quien a final de curso tuvo que leer varias veces su trabajo escrito. Exponía de manera impecable la secuencia deductiva que establecía que un fragmento de proteína llamado A-beta amiloide se acumula en los cerebros de pacientes con Alzheimer y solo eliminando esta molécula se podría frenar la progresión de la enfermedad. Para Isaac Llesurt sus neuronas que tenían capacidad de expresarse lingüísticamente, estaban sufriendo estrés, la palabra mágica utilizada por todos

los galenos cuando no sabían ponerle apellido al asunto. Por lo demás, conectaban bien, no sufrían esclerosis múltiple, ni durante el proceso de mielinización de los axones había errores de revestimiento. Todo ello venía documentado con imágenes computerizadas de lóbulo parietal y occipital y por extrañero que pareciera, conformaban un alegro de Beethoven escrito en el pentagrama en la escala de do mayor, anomalía nunca observada antes, por lo que se trataba del descubrimiento único.

El profesor adjunto Grömberg imaginaba el epígrafe del artículo: “Estímulos patológicos detectados en resonancia en cerebro afectado de demencia según la teoría del doctor Arthurs Grömberg”. Pecó de avaricia al intentar apropiarse del mérito ajeno. Era obvio que debía estar firmado por su autor, Isaac Llesurt, por mucha rabia que le diera. Enseguida convocó al Claustro de Profesores con urgencia extrema. Tras la puesta en común todos se sintieron orgullosos del alumno más viejo de Harvard University, aunque de haber sido factible, les habría gustado abrir la cabeza del yayo en dos y estudiar su interior a fondo.

Incluso el neurólogo que meses antes se había aventurado a recomendarle tareas simples tuvo que desdecirse. En la medicina dos y dos nunca eran cuatro. Y menos desde que las televisiones nacionales cubrían la noticia del año.

“Un abuelo aquejado de Alzheimer ha sido capaz de superar el curso académico con nota-

bles resultados. Asegura que la Universidad le ha rejuvenecido, sobre todo desde que su tesis de fin de curso ha sido publicada en las más prestigiosas revistas médicas por contener un avance en el campo de la neurología. Isaac Llesurt desafía a la ciencia despertando su genialidad en medio del caos neuronal”.

Frente al televisor, el yayo sonreía. No sabía muy bien por qué, pero le parecía que hablaban de él. ¿Acaso esa no era su fotografía? Salió de la Universidad preparado ya para la muerte, bien seguro de que su nombre formaba parte de los anales de la historia.

Las arrugas de los 18 años

JUANMA VELASCO CENTELLES

Desde hacía décadas no sentía al espejo de su parte. Tampoco la consolaba el constatar que a los 81, la belleza, en ambos géneros, solo cabía considerarla como vestigio, incluso en las multioperadas; quizá Sofía Loren constituyera la excepción. Pero pese a tanto desperfecto en su fachada y en una estructura amenazada de aluminosis ósea, perseguía minimizar los estragos de la devastación del tiempo mediante la aplicación de una leve capa de algo que casi no llegaba a maquillaje.

Se mimó con los mismos pendientes de la todavía cerveza de los jueves que tomaba acompañada de una galería de viudas (y alguna divorciada tardía) que seguían haciendo buena la greguería de Ramón Gómez de la Serna de que cada español pasea con su viuda.

Una vez finalizado el proceso, fallido, de restauración, se sonrió a sí misma y pese al fracaso siquiera de parecerse a la romana, se percibió

insigne, incluso un poco arrogante. Y también, al final de su mirada, estúpida por precisamente haberse percibido insigne.

Mediaba septiembre en los antiguos almanaques e iba a ser hoy su primer día de universidad.

El himen de su indecisión lo rompió, en favor del sí puedo, el hecho de que su colección de neuronas presentaba unas coordenadas de lucidez impropia de sus ocho décadas. Quizá la hubiera conservado saludable cráneo adentro aquella manía de calcularlo todo y la constante ejercitación a la que sometía a su memoria. Mantenía también medio alejada a la lentitud, y la presteza mental la hacía dividir sin calculadora las cuentas de las cervecerías.

Historia del Arte la disciplina elegida. No había podido ejercer su fascinación, sobrevenida ya en la adolescencia, por museos, catedrales y derivados más allá de los pocos viajes que las ataduras a un esposo parapléjico desde la madurez le habían permitido. El predominio de aquel destino aciago le había restado esa autonomía que en más de un episodio de frustración llorada le provocó arcadas fugaces de asesinar a su marido y que pareciera suicidio por hartazgo. Sin embargo, durante los últimos tres años, recuperada su libertad de vuelo tras la entrega final de un numantino Román, sustituyó un destino por otros escogidos en función del magnetismo artístico que le infundían ciudades o países.

Todavía conducía. Despacio, sin premiosidad, pero despacio, más por prudencia que por merma de reflejos, que también, pero esta no era lo suficientemente caudalosa para ser señalada como anciana al volante, de esas que llevan un *danger* tatuado en el subconsciente del parabrisas trasero.

Quince minutos de trayecto bastaron para que la mordedura tóxica del temblor, suscitado por quizá su exceso de atrevimiento, se le manifestara en unas extremidades cercanas a la quiebra en aquellos momentos en los que, ya aparcada en el campus, se forzó a aplicar su determinación frente a los impulsos de regresar a casa y despertar de la utopía; y se apeó del Opel.

Con las manos entrecruzadas sobre una carpeta sin ídolos masculinos que apoyaba quinceañeramente sobre el pecho, con la mirada impacando sobre el enlosado, sabiéndose observada por quienes se cruzaba ante la imposibilidad de ser confundida siquiera como profesora, procurando que el desasosiego de sus piernas no la hiciera trastabillar, atracó en el vestíbulo de la facultad de Humanas, que no le resultaba desconocido, y se propuso buscar el cubo en forma de aula magna en el que desembocar para dar comienzo oficial al curso.

Rodeada de pechos altivos, de mentones insolentes, de cutis pluscuamperfectos, de pelos incluso lascivos en apariencia, sin pedir ayuda a ninguno de los cientos de universitarios que

atronaban la volumetría de la sala con un parloteo no exento de esa remoción emocional del primer día, Adoración por gracia de una posguerra santurrona, Dora para sus coetáneas, enfiló, ausente a todo y a todos, el pasillo que desagaba en ese aula magna casi despoblada todavía a falta de quince minutos para el inicio de la presentación del grado.

Refugiada en la reflexión y la observación no recurrió a su móvil para mitigar la espera. Los pocos estudiantes tempraneros que habitaban la sala no pudieron sustraerse a la presencia de un retablo como aquel entre el potencial alumnado de su misma especialidad. Quizá algunos se cuchicheasen si aquella viejecita no estaría aquejada de Alzheimer y se habría extraviado en aquel escenario inapropiado para gentes con arrugas en la tráquea. La crueldad y la insolencia suelen adornar también la postadolescencia. No obstante, Adoración no rehuyó la mirada al corrillo de asombrados, incluso les obsequió con una mueca de suficiencia contenida ahora que le había retornado su tradicional coraje. Sus rostros, angelicales todavía los de ellas y medio lampiños los de bastantes de ellos, convino consigo misma en que delataban que la experiencia no era un baluarte con el que contarán, que pese al aparente desparpajo en actitudes y ademanes, una bandada de tucanes glaciales amenazaba con picotearles la seguridad y producirles una erupción de dudas.

Ajena a las murmuraciones, la antiquísima Adoración se felicitaba, voceándose hacia adentro, por estar allí, adherida a la vida, con sus carnes flácidas reposando en uno de los escaños de la segunda fila, ahíta de orgullo porque su tenacidad la había llevado a superar el curso de acceso para mayores de 25 años y *voilà*. Y aquí anidaba, hecha toda una universitaria indómita, dispuesta a buscar incluso novio entre alguno de aquellos aspirantes a arqueólogos, restauradores, profesores o lo que fuese, se carcajeó silenciosa complacida ante la maldad.

El aula se fue nutriendo de especímenes de alrededor de 18 años hasta casi completar el aforo. Los dos escaños limítrofes de Dora no fueron ocupados por nadie. La vejez no se contagia, musitaba para sí un tanto decepcionada por aquel rechazo subconsciente que provocaba su presencia llamativa en un entorno de tersura. Casi al final, cuando ya el vicerrector de área se disponía a iniciar lo que parecía destinado a ser un parlamento protocolario de acogida, una chica tatuada con el despiste, tras columbrar los huecos, solicitó perdón dos, cinco veces a los ocupantes que se interponían entre el asiento libre situado a la derecha de la anciana y su desplazamiento dificultoso.

—Me llamo Dora. También es mi primer día.

Y quien resultó ser Claudia rechazó la mano que la autonombra Dora le tendía para deco-

rar sus mejillas con dos besos. A la conversación incipiente la zanjó abruptamente la voz atonada de aquel maestro de ceremonias que había dirigido varios rejos a la singular alumna de esa segunda fila.

—Me complace daros la bienvenida y abriros la espita de ese gas universitario que deberá arder, con un buen control de llama por vuestra parte, durante los próximos años que esperemos que sean los que requiere la titulación y no más...

Ahora sí, el mosaico estaba completo para Adoración. A partir de ese momento, la responsabilidad lectiva era toda suya, se recetó. Sin embargo, no pudo dejar de pensar en que quizá la irreversible, pese a su excelente salud, sin otros achaques que los erosivos de vivir, pudiera licenciarse antes de tiempo. La fisiología, como su espejo, tampoco estaba de su parte, pero cuando el discursador mencionó a Miguel Ángel, a Fidias, a Gaudí y a Tiziano, la invasión perniciosa de la muerte se diluyó sin secuelas de tristeza y retomó la atención sin nuevas intromisiones.

Con su voz tronante y sus recursos retóricos, el orador había construido uno de esos silencios colectivos que, de tan frondosos, no parecen propios de gentes poseídas por la procrastinación. Tras deambular por el románico y el gótico con la palabra se concedió una pausa calculada que no quebró la suntuosidad del silencio.

—No quiero despreciar la oportunidad —se retomó— de señalar con el dedo de la admiración a Adoración, creo que los tuyos te llaman Dora —y la aludida, con el semblante colonizado por la sorpresa, asintió—, alguien que con una edad que solo revelará ella, pero que cuando menos triplica la media de la práctica totalidad de vosotros, se ha matriculado en nuestro grado en un ejemplo de entereza vital y de arrojo meditado...

Y el vicerrector prorrumpió en unas palmear *in crescendo* en ritmo y sonoridad que paulatinamente fue ganando adeptos hasta derivar en una de esas ovaciones que se recuerdan frente al fuego y ante los nietos y que consiguió humedecer los cristalinos de una universitaria de pleno derecho que tuvo que corresponder levantándose y agitando con una timidez elegante su mano circular desde el escaño.

—Ha sido usted muy caballeroso con lo de “triplica”, pero apelando a una coquetería que todavía conservo no, no desvelaré mis años. Importan bien poco en este contexto de igualdad académica. Yo, para usted, para el resto, aunque mi imagen exterior sea la de una anciana, también quiero, incluso exijo tener dieciocho años.

Y el catedrático a quien iban destinadas aquellas palabras no pudo menos que dedicarle una reverencia tan entregada como la que un japonés de bien compone ante su emperador.

El año que cerraron la Universidad de Valladolid

M. JOSÉ TOQUERO DEL OLMO

Maite pensó en lo duro que le resultó tener que dejar la casa familiar, con dieciocho años, para marcharse a estudiar a Valladolid. Casi fue una obligación impuesta por su madre, que se había propuesto que sus hijos tuvieran estudios y pudieran aspirar a una vida mejor que la que ella y su marido habían llevado. Recordó la tristeza con la que preparó la maleta y la manera en que su madre, conocedora de la tortura que para ella suponía alejarse del hogar, trataba de ilusionarla con la posibilidad de convertirse un día en una flamante abogada. Era la manera de ahogar las lágrimas que pugnaban por salir de los ojos de Maite. Percibía aquel momento como un punto de inflexión que marcaba un cambio en su trayectoria vital. Atrás quedaba el pueblo, con sus casas de piedra, la iglesia, la escuela, el bar Bruselas y el salón de baile del Cholo. A la altura de la báscula, donde se pesaban los remolques de grano, comenzó a llover y los cristales del au-

tobús se empañaron. Maite tuvo la sensación de que un caparazón metálico y húmedo la aislaba y la sumía en una soledad profunda y extraña, totalmente nueva para ella. Frotó el vidrio con la palma de la mano y abrió un pequeño hueco por donde podía ver el exterior. Nunca le había prestado atención a los matices que la lluvia imprimía en la arcilla recién arada ni a esas masas oscuras y aterciopeladas de los pinares que se recortaban contra la grisalla del cielo. Le parecía que sus raíces se nutrían de aquella tierra y que, en muy poco tiempo, se quedaría sin ese alimento. Se le saltaron las lágrimas. Se quedaba huérfana de muchas cosas, también de los paisajes que iba abandonado. Hasta los rastrojos carbonizados le resultaban hermosos. Aquellos campos eran su medio natural. Era como uno de esos esquejes de geranio que su madre ponía en un vaso con agua y luego, cuando echaba raíces, plantaba en el balcón ¿Qué nuevas raíces serían las suyas? Reparó en que algunos de aquellos esquejes no prosperaban. A su ánimo triste se le sumó la preocupación por el fracaso.

Cuando se quedó a solas en su habitación de la residencia de estudiantes, se sintió morir de desamparo. Habían transcurrido muchos años y todavía, cuando regresaba a Valladolid y volvía a pasar por la calle Ruiz Hernández, se le despertaban ecos de su abatimiento y vulnerabilidad de entonces. Era un Valladolid gris que vivía con temor y agitación los últimos coletazos

del franquismo. A ella le habían advertido muy seriamente en su casa de que no se metiera en líos. En febrero de ese mismo año, a raíz de las revueltas estudiantiles, el Ministerio de Educación y Ciencia cerró las Facultades de Filosofía y Letras, Medicina, Derecho y Ciencias. Ocho mil estudiantes condenados a perder un curso por aquello que el rector José Ramón del Sol denominó “perturbaciones académicas”. Su primo Miguel Ángel había sido uno de aquellos estudiantes y cuántos disgustos le causó su actitud rebelde a su tío Paco y a su tía Anita. Nadie de su familia entendía que un chico retraído, criado en un ambiente apolítico en el que se hablaba de la Guerra Civil como una desgracia sufrida por los dos bandos, hubiera caído en las redes del PCE y se comportara como un activista decidido. Maite recordaba a su tía Anita dolerse amargamente de las andanzas de Miguel Ángel. “Este hijo mío me va a matar a disgustos –decía mientras sorbía compungida la tila que su hermana Angelines, la madre de Maite, le preparaba cuando le contaba las tribulaciones que le causaba el chico–. Ayer ha vuelto a haber jaleo en la Facultad y él, en medio de todo. Mira que se lo hemos advertido seriamente, pero no hace el menor caso. Los estudiantes se han empeñado en celebrar un concierto de protesta, prohibido, claro está, y a la mitad se ha presentado la policía y se ha liado a repartir porrazos. Les han hecho salir en fila de a uno y han ido apartando a los conflictivos para

llevárselos a comisaría ¡Adivina! Se han llevado a Miguel Ángel para interrogarlo y de ahí, a la cárcel de Madre de Dios. Esta mañana ha ido Paco a ver lo que puede hacer para sacarle de prisión ¡Cuándo sentará la cabeza este hijo mío!”

Hasta el pueblo llegaban los ecos de las asonadas estudiantiles y de las huelgas de los obreros, con los de FASA–Renault a la cabeza. Se hablaba entre dientes de los incidentes y se criticaba a los implicados a puerta cerrada. Había miedo. Nadie quería despertar los fantasmas previos a la guerra del 36 y menos aún la contienda, que dejó al pueblo sin mozos y a las madres y esposas de los caídos vestidas de luto para siempre. Miguel Ángel salió de la cárcel, pero no hubo manera de hacerle regresar al pueblo. “Lo único que puedo hacer –decía Anita, sobrepasada por una rebeldía que no podía explicarse– es rezar para que mi hijo salga con bien de todo esto. Todo está en manos de Dios”. La familia recibió con cierto alivio la noticia del cierre de la Universidad de Valladolid, porque supusieron que Miguel Ángel volvería al pueblo. Perdería el curso, como el resto de estudiantes, pero no se metería en problemas. Pero Miguel Ángel dejó muy claro que con o sin consentimiento de los padres y con o sin su ayuda económica, continuaría en Valladolid, estudiando en eso que se llamó Universidad Paralela. Le habían nombrado delegado de curso y, como tal, era el responsable de organizar la recogida de apuntes, llevarlos a la multicopista y distribuirlos en-

tre los estudiantes de Medicina, a fin de que estos prepararan los exámenes que se celebrarían, si el Ministerio cambiaba de opinión, a final de curso.

Miguel Ángel era espigado, moreno de piel y de pelo negro azabache. De facciones agraciadas. La barba le daba un aire hippie y resaltaba su perfecta nariz y sus ojos, muy expresivos y de color verde oscuro moteados de negro. Las chicas del pueblo estaban locas por él, pero su fama de subversivo las asustaba. Justo lo contrario que sucedía con las universitarias, que consideraban su rebeldía un atractivo más que añadir a su persona. Cuando Anita y las hermanas se reunían en el cuarto de costura de Angelines hablaban de Miguel Ángel, el mayor de los nietos. “Tiene los ojos de padre y la misma terquedad que él se gastaba”, decían, y aquello era como dar un empujón y provocar un efecto dominó, porque los comentarios se sucedían unos a otros en una cadena que Maite, que habitualmente permanecía en silencio, sentada en un cómodo sillón de mimbre y aplicada a la lectura, conocía muy bien y que siempre concluía en lo mucho que habían cambiado los tiempos y con ellos la juventud. Pero en una de aquellas conversaciones se produjo una variación tanto en el tono como en el contenido que a Maite no le pasó desapercibida.

—Os digo una cosa —intervino Anita—. Miguel Ángel es un buen chico, y más responsable de lo que parece. Todos los días va al despacho del catedrático de Anatomía para que le dicte

los apuntes. Luego los lleva a la imprenta y los reparte a los compañeros. Por lo que cuenta, el profesor lo tiene en muy buena consideración y hasta le ha prometido acudir al lugar donde se reúnen, que no vayáis a pensar que es unantro de perdición, que es la iglesia de San Ildefonso, a aclararles las dudas que tengan.

—Es que ya está bien de tanto ordeno y mando, que son muchos años de no abrir la boca y callar con todo, nos parezca bien o nos parezca mal —dijo Angelines—. Por lo que se comenta, la gente está muy a disgusto con que hayan cerrado la Universidad y hasta han ido los padres a las clases para protestar. Pero, acostumbrados como están a salirse con la suya, ni un paso atrás.

—Las nuevas generaciones no se van a conformar con esta situación —dijo Anita.

—¡Y hacen bien! —exclamó Flora, plegando en el regazo la labor de punto—. Los tiempos están cambiando a pasos agigantados y no creo que nadie pueda detener a la juventud.

—Y nuestra obligación es apoyar a nuestros hijos —dijo Angelines—. José María y yo siempre hemos dicho que queríamos que nuestros hijos estudiaran. Nos da miedo la situación, pero Maite es muy buena estudiante y tenemos pensado mandarla a Valladolid el curso que viene. ¿Verdad, Maite?

Maite asintió y pensó para sí que, aunque le doliera la separación, era hija de los nuevos tiempos y, como tal, debía aprovechar las oportunidades que el futuro le brindaba.

La universitaria admirable

CARLOS ÁLVAREZ PAREJO

La observo en el extraño silencio de la clase. La voz del profesor se ahoga en los vacíos de mi mente. Los ruidillos incesantes del resto de estudiantes quedan olvidados. Mis ojos están puestos en ella. Mis oídos solo escuchan el teclear de sus dedos blancos y gruesos.

Ella es ciega. Admirable. Está entre nosotros, peleando por lo que le corresponde. No puede ver la entrada del edificio, sus pasillos repletos de universitarios excitados, el color anodino de las aulas, las emociones en los rostros cansados, nerviosos o entregados de los profesores. Sin embargo, ahí está. Superando todo lo que ignora, aquello que tiene que imaginar. Caminar a ciegas, vivir a ciegas, darle color a la vida, a las caras que se acercan...

Mueve los dedos sobre su teclado especial. El ruidillo me distrae y sonrío. Estoy seguro de que obtendrá el título. Lo noto en la forma que tiene de entrar en clase, normalmente acompañada de

una voluntaria, la manera de sentarse, de agradecer lo poco que se le ofrece, cómo atiende la charla del profesor. Esa mujer es una luchadora, alguien especial. Me recuerda a mi hermana pequeña...

Recuerdo el día que mi madre superó la entrada de casa con mi hermana entre los brazos, protegiéndola del mundo exterior. Mi padre nos saludaba. Nosotros estábamos locos por ver ese minúsculo y desprotegido ser envuelto en telas blancas. Mi madre, antes de mostrarla, nos avisó: *“Aunque es diferente la tendrán que querer igual”*. Yo empecé a tener miedo, a ponerme nervioso. Sentía mi corazón latiendo frenético bajo mi carcasa de piel y huesos. ¿Qué podía haber de diferente en un recién nacido?

Cuando logré ver a mi hermana, una vez que mi madre la mostró, conté sus brazos y piernas, sus ojos y orejas, su nariz. Toqué su frente, miré sus dedos, los de las manos y los de los pies. A mí todo me pareció normal y suspiré aliviado. Quizás es la mejor parte de ser niño. Un niño no posee los miedos, las intransigencias, el mundo normalizado, escrito y rígido de los adultos. Un niño es pura imaginación, una bomba de fantasía y amor, de instinto y de pasta blanda lista para aprender y moldearse, o ser moldeada.

Yo no vi lo “especial” de mi hermana, su cualidad de Down, sus futuras deficiencias y los miedos que afluían en las mentes de mis padres. El miedo al rechazo y al fracaso. Obstá-

culos que tendríamos que saltar juntos, barreras que tendría que superar ella sola. Yo no supe ver nada de eso. Yo vi su otra parte especial, la que solo ve el amor, la dulzura de un corazón protector. Yo vi un ser humano pequeño e indefenso, una compañera de juegos, alguien a quien amar, con quien compartir los mejores momentos de mi vida, a quien contarle mis secretos, a quien escuchar.

Mientras pasaban los años, me fui uniendo a mi hermana. Jugábamos con ella constantemente. La zaleábamos a todas horas como si fuera un juguete. Corríamos con ella por los pasillos, empujábamos su coche por el parque y la lanzábamos por las cuestas. La poníamos de portera delante del mueble del salón mientras nosotros regateábamos con la pelota y luego disparábamos. Ella las paraba a veces, otras no. En ocasiones se iba y nos dejaba allí tirados. Elena era el tercer elemento, la figura que nos faltaba, un hermano más.

No supe ver la discapacidad de mi hermana. Es el mayor placer de haberla visto nacer, tenido cerca, verla crecer, jugar con ella. Para mí, ella siempre fue normal, porque lo normal era que fuera así. Porque siempre fue así. Nunca exigí que corriera más, ni que saltara más, ni que hablara mejor o más lento. Como nunca se lo exigí a mi hermano, ni a mis primos, ni a otros niños. Ella tenía sus cualidades, como otros teníamos las nuestras, porque cada ser de este mundo tie-

ne las tuyas, mejores o peores, pero propias y diferentes y ahí reside la riqueza del ser humano, esa que tanto parece que nos cuesta ver.

Si había algo distinto y especial que de verdad poseía mi hermana desde su nacimiento era su gran capacidad para amar. Elena era todo corazón. Pura bondad. Mientras otros niños desarrollaban instintos que no son precisamente para estar orgullosos, como la obsesión por poseer, el egoísmo o la violencia, Elena ofrecía su corazón abierto al mundo, lleno de alegría por compartir cualquiera de sus posesiones y rebosante de inocencia. Su capacidad para dar amor. Esa fue la cualidad que yo siempre vi en mi hermana más que en otras personas. La más hermosa y admirable de las cualidades. Sin embargo, años después, todavía adolescente, estando en el instituto, me di cuenta de que llevaba años equivocándome...

Desde su nacimiento, he visto a mi hermana balbucear y hablar. La he visto gatear y ponerse a andar. La he visto con una logopeda haciendo ejercicios día sí y día también. La he visto correr tras de mí, pelearse por un hueco entre dos hermanos que jugaban como salvajes. La he visto defenderse de nosotros. Comunicarse con infinidad de niños, siempre entendiéndose. La he visto mirar a los adultos preguntándose por qué hacían más caso a sus miedos que a su imaginación. Y esto es lo que me enseñó mi hermana. A imaginar que todo podía hacerse realidad.

Elena terminó el instituto e hizo varios módulos de formación. Ha sido campeona de España de gimnasia, de pádel y de doma clásica, siempre en su categoría. Elena se sube a un caballo y salta barreras de más de un metro. Elena lleva saltando barreras toda la vida, enfrentándose a un mundo discapacitado, un mundo que no quiso estar listo para ella, para que mi hermana pudiera vivir. Porque mi hermana pequeña es de esas personas que han dedicado su vida a abrir el camino para el cambio. Nació cuando todavía pesaba el estigma, cuando no había asociaciones que empujaran junto a ellos, cuando se ocultaba a los discapacitados en casa, como si diera vergüenza haberlos tenido. Elena es de esas maravillosas personas que tiene mucho que dar, enseñar y mostrar. Tiene talento, ambición y soltura, pero demasiadas barreras por medio. Tantas que no podrá vivir como yo, hacer realidad sus sueños o llegar a su meta, metas que hoy, cuando las cuenta, todavía suenan absurdas, pero dentro de treinta, cuarenta o cien años, quién sabe, sonarán normales. Porque también hablar de los derechos de la mujer en el siglo XIX era de locos, la progresión de los afroamericanos en la mitad del XX sonaba a broma, pensar que un ciego sacaría un título universitario parecía un chiste..., pero estas cosas se hicieron realidad.

A día de hoy, mirando a esa heroína ciega, acordándome de mi hermana, me doy cuenta de todo por lo que pasan, de sus incapacidades por

llegar a muchas de sus metas y de sus grandísimas capacidades para enfrentarse al mundo cada día, ese que les impone barreras. Percibo sus frustraciones, sus días de desgana, sus depresiones y sus lamentos. Noto sus momentos de infelicidad y me pregunto cómo pueden seguir, de dónde sacan las fuerzas. Comparto esos sentimientos, también míos, como también comparto el éxito, los triunfos, pequeños y grandes. Auténticos retos. Cuando esta mujer se saque el título, sentiré que también es mío, de toda la sociedad, del ser humano en general.

Ellas son luchadoras, pioneras que allanan el camino a los que vendrán detrás, personas anónimas que ponen su granito de arena para hacer del siglo XXI un mundo mejor. Superan tantas barreras que todavía me pregunto si tienen fuerzas para más. Por eso, cuando yo mismo suspendo un examen, cuando me hundo en el fracaso y solo me apetece llorar, cuando pienso que no tengo fuerzas para más, cuando la carrera se me hace grande y las fuerzas me flaquean, entonces, con las rodillas temblando, pienso en ellas. Todo lo que han derribado, toda la energía que demuestran en su infinita lucha, fluye hacia mí y me inspira. Mis rodillas vuelven a tener fuerzas y me sostienen.

Palabras en las paredes

LUIS MANUEL GARCÍA MÉNDEZ

De cien mil maneras pierdes tus tesoros
y has de subir a las nueve colinas.
No corras ávidamente tras ellos.
Al cabo de siete días los recuperarás.

I Ching, p. 293

La municipalidad ha dejado por imposible la pared Norte del Edificio Metropolitan. Una mañana de invierno, amaneció completamente tatuada con poemas de amor, exhortaciones a la virtud, diatribas contra el clero, la clase política, la empresarial, la castrense, incluso contra la clase turista de los vuelos comerciales. Cada centímetro cuadrado estaba ocupado por citas del Tao Te King y de Lao Tsé, retratos del Chef Guevara con gorro de cocinero, anuncios clasificados (“se busca un imperdible”, “empresario bicéfalo necesita secretaria bilingüe”, “cambio doberman por mano ortopédica”, “viejo verde solicita joven ecologista”), muralismo y poesía de urinario público. Un completo muestrario de lo que el asesor de políticas sociales llama “cultura naif contemporánea”.

Los trabajadores del Servicio de Limpieza Pública y Ornato se asombraron de que en una noche hubiesen rellenado hasta el suelo doscientos cincuenta metros cuadrados de pared. Tuvo que ser una banda organizada de rufianes grafiteros. Avisaron a la dirección municipal que harían horas extra y cubrieron con pintura aquel despropósito verbal y gráfico.

A la mañana siguiente, los grafitis habían traspasado la capa de pintura y se veían mejor que el día anterior. Sus superiores montaron en cólera. Sospecharon que los trabajadores habían trocado los botes de pintura Valentine por algún encalado de cuarta categoría. De modo que esa tarde el propio concejal de Ornato supervisó que en la tarea de enmascaramiento se empleara, sin diluir, el mejor producto del mercado.

Como Lázaro, los grafitis resucitaron a la mañana siguiente. No es posible, se dijo el concejal, y convocó al químico del ayuntamiento quien raspó las inscripciones para analizar los pigmentos en el laboratorio. Observó, eso sí, que la inscripción arañada recobraba en pocos minutos su color original. Según la espectrografía de masas, no había ningún componente fuera de lo habitual. El químico concluyó que la resurrección de las pictografías se debe a alguna anomalía de la superficie. Basándose en el informe técnico, el concejal propuso desviar una partida del presupuesto dedicada a reparar semáforos defectuosos, y tapiar el mural con losas de granito o de mármol.

Por unanimidad, adquirieron trescientos metros cuadrados de mármol rosado. A los cuatro días, el flanco Norte del Edificio Metropolitan parecía una tarta de cumpleaños. “Bellísimo”, proclamó el concejal de Ornato, aunque el vicesecretario de Cultura comentó esa noche con su mujer que “aquello es tan elegante como la decoración de un restaurante chino”.

“Tapado está”, accedió el vicesecretario, y todos se fueron a dormir con la satisfacción del deber cumplido.

Los pigmentos del mural, de un modo incomprendible para la ciencia, atravesaron en una noche la piedra y se mostraban ahora mejor que antes, plastificados (petrificados) bajo la brillante superficie de mármol.

Ante el recorte de las asignaciones y la imposibilidad de demoler el edificio, la municipalidad ha abandonado todo intento de borrar la pared Norte.

Visto desde cierta distancia, el grafiti semeja para algunos una mano extendida, un pájaro emprendiendo el vuelo o nubes vagarosas en su cielo rosado de mármol. Y las imágenes no sólo cambian con la luz o con la perspectiva. También con el tiempo: amaneceres veraniegos, bandadas de aves surcando el cielo rosado de otoño o abrazos invernales. Algunos noctámbulos aseguran que de madrugada pueden observarse imágenes sicalípticas en este *Kama Sutra* panorámico. Pero el hecho no ha sido confirmado.

El mural ha reanimado el turismo y es más famoso ya que las caras de Bélmez (la fe en los milagros es una industria en declive). De modo que el ayuntamiento cejó en su empeño de obstruir la mirada mediante arbolillos sembrados en jardineras de hormigón, en especial después que las jardineras amanecieran en plena calle, movidas por una grúa invisible, con el peligro consiguiente para la seguridad vial.

Un estudiante de Bellas Artes que durante un año entero ha cartografiado día por día los doscientos cincuenta metros cuadrados de pancarta, presentará hoy su tesis, y si sus diapositivas de alta resolución no le hacen alguna jugarreta—tiembla pensando en el ridículo y, sobre todo, en el suspenso—, está a punto de demostrar que los mensajes del mural se actualizan por días o por horas. Él los ha visto mutar ante sus ojos, dar cuenta de los últimos reclamos de la ciudadanía, burlarse de los políticos de turno y parafrasear al cierre las noticias, como un misterioso teleprompter accionado por un operador telepático y, quizás, multitudinario. Aunque su tutor ya le ha advertido que el tribunal no aceptará sin pruebas concluyentes esa hipótesis temeraria. Así que remítete, muchacho, al realismo mágico. Macondo sí es un hecho comprobado.

CATEGORÍA JUNIOR

Palimpsesto

ISABEL HERNÁNDEZ GOMÁRIZ

1^{er} Premio

Quién lo diría.

Han pasado casi veinte años y las calles que llevo tiempo evitando siguen exactamente igual. El empedrado, irregular, obliga a los peatones a debatirse entre la necesidad de mirar al suelo y el deseo de no perderse ni un detalle de lo que pueden ver a su alrededor. Igual que entonces. Las fachadas asimétricas, las gruesas puertas de madera, las ventanas medio ocultas tras las rejas y celosías de madera... todo son estímulos para su atención. Incluso yo, que tantas veces dibujé el mismo recorrido, día tras día, me sorprendo observándolo todo como si fuera la primera vez. Y en cierto modo lo es.

Fueron cinco años los que pasé entre esas calles, y aún hoy recuerdo el temor con el que las crucé por primera vez. Frente a mí se abría una nueva etapa de mi vida, que presentaba todo un abanico de posibilidades, sí, pero que a la vez me horrorizaba. Yo, que apenas había salido del

pueblo, no iba a ser capaz de adaptarme a aquello. Lo sabía. Aún no había llegado y ya deseaba que la universidad acabara pronto. No iba a entablar amistad con nadie; el resto de mis compañeros estarían mucho mejor formados que yo, y sería el hazmerreír de la clase. Ser invisible para los demás se me antojaba la opción más deseable.

Me aparto a un lado para permitir el paso de un coche de caballos por la callejuela. Algunos turistas lo observan con sorpresa, convencidos de que va a ser imposible que complete su recorrido debido a la estrechez. El cochero, con una sonrisa socarrona, adorna algunas anécdotas para los atónitos pasajeros que, cámara en mano, ni se acuerdan de parpadear. No puedo evitar sentir un pinchazo de envidia ante esa mirada curiosa que yo también tuve un día, y que se perdió bajo la pátina de la rutina.

Lo cierto es que aquella etapa pasó mucho más rápido de lo que jamás habría imaginado. Mentiría si dijera que fueron años fáciles, pero he de reconocer que los recuerdo con cariño. Al margen de todo el esfuerzo que supuso, añoro muchas cosas. Probablemente, las que menos valoraba entonces. Las amistades, por supuesto. El primer acercamiento a ideas que me cambiarían para siempre. Pero, sobre todo, echo en falta sentirme como me sentía entonces, cuando me creía capaz de todo. Esa falsa sensación de creer controlar quién era y, sobre todo, en quién me

quería convertir. Supongo que a ciertas edades nos sentimos capaces de comernos el mundo, y sólo cuando es demasiado tarde nos damos cuenta de que es el mundo el que nos ha devorado a nosotros.

Al llegar a la plaza de la entrada principal –he pasado de largo deliberadamente ante la entrada secundaria, más moderna, pero a la que nunca llegué a considerar como digna de aquella Facultad–, me siento tentada a seguir adelante, como si aquello no fuera conmigo, y a diluirme entre la marabunta de viandantes que inundan el casco histórico a estas horas. Igual que la primera vez. Pero sé que, como entonces, es inútil.

Atravieso la entrada del edificio y de nuevo vuelvo a ser la alumna aterrorizada de primero. A la mierda el mantra de autoconvencimiento que no dejo de repetirme; fuera la fachada de fortaleza que he construido este tiempo. Estas piedras vuelven a desnudarme por completo.

Intento no cruzar la mirada con nadie por miedo a encontrarme con algún rostro conocido. Podría hacer este recorrido con los ojos cerrados: primer pasillo a la izquierda, cruzo el pequeño patio y subo las estrechas escaleras sobre la antigua botica; tomo el pasillo de la izquierda, y ahí está. La primera vez no es nada fácil de encontrar, pero me lo conozco a la perfección. Como si nunca hubiera dejado de trazar el mismo recorrido día tras día. Como entonces. Con una pequeña diferencia, eso sí: ahora el esfuerzo

de la subida se refleja en mi respiración sofocada. La maldita falta de costumbre y el dichoso ascensor del piso. A partir de mañana uso las escaleras del bloque. O a partir del lunes.

Miro el reloj; aún faltan diez minutos para la hora en punto. Lo más probable es que las aulas todavía estén vacías. Eso me deja algo de margen para entrar a la habitación con un poco de privacidad, sin que nadie me vea. Las luces están apagadas, y la única claridad que entra en la habitación lo hace a través de una ventana entreabierto al fondo.

Está tan oscuro que, hasta que mis pupilas no se acomodan a la penumbra no me percató de que hay alguien más en la habitación. Una pequeña figura sentada en la cuarta fila, que me mira con los mismos ojos con los que yo miraba entonces. Por un segundo quiero volver a estar ahí. Desconcertada, como un niño pequeño al que acaban de descubrir haciendo una travesura, me siento tentada de salir huyendo. Pero la entrada de una segunda persona me devuelve a la realidad. Ahora sí que no hay vuelta atrás.

Subo el pequeño escalón que se sitúa en la parte frontal del aula, reducto de una época que, como yo, quedó muy atrás, y me permito el capricho de tomar aire durante un segundo, justo antes de volverme hacia mi escasa audiencia.

—Buenos días, y bienvenidos. Voy a ser vuestra profesora este cuatrimestre.

Quién lo diría.

Cosas de humanos

SILVIA RONDA PEÑACOBÁ

Accésit

Allí llevaba habitando desde que tengo memoria. En el aula seis de Químicas, en el agujero que hay en la esquina derecha, justo debajo del reloj que dicta cuándo es momento de conocer o cuándo no hay tiempo para el saber. Es en estos últimos ratos, en los que los asientos descansan del reposar de los futuros científicos del país y el aula disfruta de su soledad, en los que yo me dedico a explorar.

Recorro primero las baldosas que me separan de la mesa de la Doctora Alonso, tentado a mirar qué guarda en el cajón una mujer como ella. Quizá el último volumen de *Principios de Química* de Peter Adkins. Quizá no, quizá sea una mujer normal y tenga el número más reciente de la revista *Hola* manchado por el roce de su barra de labios mal cerrada y salpicado de unos pocos polvos de maquillaje. Las dos cosas lo dudo. Parece ser que hoy en día el ser una mujer competente en la Universidad y además tener tiempo

para una misma no es muy común. Aunque no es lo que yo veo cuando observo desde mi refugio las caras de las alumnas de primero y segundo. Rostros ilusionados y llenos de vitalidad, mejillas rosadas y cabellos alborotados, pero controlados. Mujeres hermosas, todas ellas. Me pregunto en qué curso impartirán la explicación de por qué en España para ser mujer científica debe una volverse un “bicho raro” para los demás, esconderse detrás de unas lentes y sacrificar incluso el tiempo para limpiarlas de vez en cuando. No lo entiendo. Cosas de humanos supongo.

Continúo mi paseo rutinario hacia el pasillo que divide en dos las once filas de pupitres, dejando espacio para seis alumnos a cada lado. Hago cuentas. Miro hacia atrás. Me río del pequeño porcentaje de estos ciento y pico chiquillos que realmente tiene la posibilidad de atender a la Doctora Alonso y ver con claridad lo que cada día prepara en sus diapositivas. No lo entiendo. Cosas de humanos supongo.

Llego al final del aula. Miro a la izquierda. Los rayos del sol irrumpen por las oquedades de la persiana y conforman una tropa de soldados perfectamente alineados. Motas de polvo en suspensión dan al ambiente un tono algo nostálgico. Bajo la mirada, y veo la bandeja de enchufes a disposición de los alumnos de la última fila. Seis, no podría haber menos. Estamos en la era tecnológica y tiene que haber energía para todos los dispositivos imprescindibles para que, lo que

la Doctora Alonso enseñe ese día, no caiga en saco roto. Los folios, bolis y salir del aula con el lado externo del puño manchado de mina de lapicero al rozar con un folio lleno de apuntes ya sólo forma parte del ambiente nostálgico de las clases. Como el polvo en suspensión. No lo entiendo. Cosas de humanos supongo.

Suspiro. Voy a la esquina opuesta. Sé que, en ese sitio, en la última fila, se sienta Ibáñez. Siempre trae un sándwich que su madre le prepara. Firma la asistencia de primera hora y se marcha, olvidándose la mayoría de días la merienda. Mejor para mí. Tengo entendido que el ir a la Universidad no es como el Colegio, no es obligatorio. Me pregunto por qué su madre con un bocadillo con un par de rebanadas de imposición, una loncha de querer lo mejor para su hijo y otra de ingenuidad, arrastra cada mañana a Ibáñez al aula seis. Para que su hijo firme y haga su vida luego. No lo entiendo. Cosas de humanos supongo.

Vuelvo a mi refugio con la comida, mirando a un lado y a otro, imaginándome algún día sentado en uno de esos pupitres, tomando apuntes y aprendiendo de la Doctora Alonso. Descifrando los jeroglíficos que ponen en la pizarra cuando el proyector no funciona y hay que dar la clase como si estuviéramos en la Prehistoria, ¡cuando Ibáñez aún iba al Colegio! Qué rápido cambian las cosas en la Universidad... Y qué poco entiendo yo... Pero no sé qué pretendo, al fin y al cabo,

soy sólo un ratoncito que salió del Laboratorio de Químicas y ahora habita en el aula seis. Debajo del reloj que dicta cuándo es momento de conocer o cuándo no hay tiempo para el saber.

De fines y medios

SOLANCH CARDONA RODRÍGUEZ

—Óscar, usted acaba de sobrepasar todos los límites tolerables; un profesor cualquiera le expulsaría de la clase, pero yo no lo privaré de mis conferencias; no lo castigaré, tendrá el gusto de escucharme durante este y el próximo semestre; suspender es todo el estímulo que necesita para que aprenda a respetar la autoridad, ya que al parecer durante mis lecciones no ha comprendido nada de pensamiento político. Y por supuesto, aunque puede considerarse desaprobado, tendrá que venir lo que queda de curso, o el venidero semestre le estimularé de la misma forma.

—Se equivoca profe, ¿cree usted que me atrevería a venir a su prestigiosa clase en short, camiseta, sandalias, y encender un cigarro de mariguana mientras usted habla, sin haber estudiado Política? Lo cierto es que después de las observaciones que me puso en el último examen parcial, en el cual injustamente me aprobó con el mínimo, he estudiado muchísimo: a usted, y a la

política. Fíjese si es así, que no lo he interrumpido mientras habla. Puedo decir entonces que lo he escuchado y tenido en cuenta su criterio; pero ahora seamos democráticos y negociemos para llegar a un consenso, esa palabra que tanto le gusta. Es mi turno de expresarme. Creo que a usted no le ha quedado claro quién es la autoridad. He notado incoherencias en su discurso. ¿Me permite la pizarra, por favor? Sé que no le gustan los ítems pero es preciso que puntualice algunas palabras claves, luego las argumento.

El profesor Octavio no articula palabra alguna y se aparta para dejar pasar a Oscar, quien con desenfado se levanta de la silla donde había estado fumando tranquilamente un cigarro de mariguana, y se coloca al frente. Después de tomar una tiza en el buró comienza a escribir en la pizarra. Los demás estudiantes, estupefactos, se mantienen silenciosos y expectantes. Todos están anonadados. Nunca creerían, si no lo hubiesen visto con sus propios ojos, que el taciturno de Óscar se hubiese atrevido a desafiar de esa manera al profesor más temido del año.

—Bueno comencemos —dice de manera prepotente.

»Número 1: Estímulo. Me parece profe que debería consultar más a menudo el diccionario de la RAE. No obstante, como a usted le gusta que lo tomemos literalmente, sepa que lo que

estoy a punto de hacer es precisamente estimularlo; de forma recíproca a como usted hace con nosotros. Es una lástima que esta situación me recuerde el cuento de la serpiente que se come a ella misma por su propia cola.

»Número 2: Autoridad. En las monarquías, sí sobre todo esa para la cual Maquiavelo escribió su famoso tratado *El príncipe*, los monarcas deben recurrir a cualquier medio aunque sea inescrupuloso para conservar el poder, ¿me equivoco? Pero el pueblo no deja de tener poderío porque la monarquía domina en tanto sea reconocida por los dominados. Entonces, usted que se cree el rey de esta clase, o mejor, de toda la Escuela, ¿qué pasaría si pierde ese reconocimiento? ¿Es usted quien tiene la autoridad, o yo y los demás que se la reconocemos? ¿Estaría usted dispuesto a cualquier cosa por mantener su dominio?

»Número 3: Moralidad. Si mal no recuerdo mi peor error durante la última prueba fue considerar a Maquiavelo un amoral, a pesar de que usted pidió nuestro criterio. Pero como no puse el juicio que usted emitió en la conferencia, era yo el que me equivocaba. ¿Cómo fue que me escribió?: “Maquiavelo es moral, pero su moralidad es diferente. Todo depende del contexto”. ¡Ah! ¡Sí, sí, entendido profe: el fin justifica los medios, solo depende el contexto, la necesidad!

»Palabras sabias profe. He aprendido una gran lección. Sobre todo ahora que comprendo

por qué defiende tanto a Maquiavelo. El problema es que la moralidad de usted también es diferente; por eso las fotos y los videos que tengo guardados de las orgías que realiza en su casa con sus exestudiantes femeninas tampoco usted los considera amorales... supongo. Aunque creo que si las publico en Facebook deberá darle clase a todas las aulas de esta Universidad, y sobre todo al consejo de dirección y a los padres de los alumnos para que ellos comprendan que la moralidad depende del contexto. En fin, muy buen contexto profe, usted hace las orgías en su casa los últimos sábados de cada mes. Que sea horario extracurricular y fuera de la escuela, eso puede ayudarle. Lo difícil va a ser contextualizar cómo, dónde y por qué chantajea a algunas de las muchachas para que asistan a sus... ¿cómo las llama?! Recuerdo, fiestas dionisiacas. Con todo el material que tengo, entendí su fascinación por la Antigua Grecia. La aristocracia esclavista y el derecho heleno le han aportado mucho.

Óscar guarda silencio por un algunos instantes y sonrío a causa del placer que le provocan los rostros incrédulos de sus compañeros de clases, quienes visiblemente tienen los ojos más abiertos que de costumbre, y realizan furtivas miradas al profesor. Pero la fisonomía más divertida para él, sin lugar a dudas es la del propio Octavio. Nunca había pensado que los dibujos animados estaban basados en la realidad,

y que una persona podía cambiar notablemente de color muchas veces en pocos segundos. No obstante lo que más le alegraba era la ira que ese hombre trataba de reprimir manifiesta en sus contracciones fáciles y la forma en que apretaba los puños en una evidente lucha por mantenerse inmóvil.

—Sí profe, he comprendido bien, ¿lo ve?; tanto, que yo tampoco me considero amoral, lo he espiado durante dos meses, he hackeado su ordenador, he puesto micrófonos y cámaras en su hogar. Y ahora puedo chantajearlo. Puedo hacer lo que quiera en su clase. Hasta drogarme. Todo por un buen fin, por una necesidad, probarle que se equivocaba, o al menos que fue injusto conmigo cuando me bajó las calificaciones por compartir su criterio respecto a la moralidad.

»Ay profe, otra vez incoherente con su discurso: nos dice que debemos analizar e interpretar, y quiere que repitamos como papagayos sus juicios; por eso yo busqué el equilibrio, una especie de sistema de pesos y contrapesos, como los americanos. Me he aprendido el asunto de la moralidad desde su óptica, pero lo he adaptado a mis circunstancias. Entonces, ¿es consciente de su incoherencia? Ya le probé también que no es usted el dueño de la autoridad, y aunque no estamos en la Florencia del siglo XVI, usted será considerado amoral por sus orgías, y yo también

por chantajearlo y humillarlo de la forma que lo he hecho, aunque usted se lo merezca.

»Ahora negociemos, lleguemos al famoso... cooonseeenso, estamos en el contexto propicio, y creo que le he dado todos los estímulos necesarios; treinta testigos darán fe de nuestro mutuo acuerdo. Todos mis compañeros y yo tendremos la máxima calificación sin venir a sus clases, o tendrá que hacer comprender a la Universidad entera su visión positiva sobre la moralidad de Maquiavelo.

Huelga estudiantil

TERESA ZURDO GIL

Sangre que no se desborda,
juventud que no se atreve,
ni es sangre, ni es juventud,
ni relucen, ni florecen

Miguel Hernández

Aquel día madrugamos mucho.

Habíamos pasado la noche en la universidad, con los sacos de dormir tirados en el suelo. Todavía no había salido el sol cuando ya estábamos en pie dispuestos a vivir el momento tan esperado.

En los labios de todos estaba esa palabra: “*huelga, huelga, huelga*”.

Llevábamos toda la semana pegando carteles por la Universidad, hablando por las clases, animando a unirse a la protesta. Desde el Sindicato de Estudiantes habían sido días de actividad intensa, de reuniones, de asambleas en mitad de los pasillos y discusiones en las esquinas.

—No podemos dejar que decidan por nosotros. Tenemos que salir a la calle —había dicho Héctor, que era uno de los cabecillas, y nosotros nos uníamos a ese ardor.

Ahora veíamos con orgullo aquel cartel enorme que colgaba en el *hall* de la Universidad. Habíamos tardado una tarde en terminarlo, pero había valido la pena. Yo había estado con Ana, que era la chica más guapa de la clase, y me había jurado que tenía que pedirle salir antes de que acabase el curso.

Después de recoger el campamento que habíamos montado para pasar la noche, desayunamos sentados en el suelo. Vi a Ana, que estaba más guapa que nunca, a pesar de haberse levantado hace poco. Tenía el pelo revuelto y los ojos brillantes.

—¿Qué tal? —preguntó.

Yo le pasé el brazo por encima de los hombros.

—Fenomenal —respondí sonriendo—. Estamos preparados.

Un rato después nos dividimos en grupos para formar los piquetes, antes de que llegasen los estudiantes a la primera clase de la mañana. Cogimos contenedores, que pusimos en el aparcamiento para impedir la entrada de coches al recinto, montando una especie de barricada.

El amanecer empezaba a iluminar las paredes de la Facultad, que habían sido pintadas con distintos grafitis durante la noche.

La emoción se palpaba en el ambiente.

Huelga, huelga, huelga.

Después de años de pasividad, de conformismo, por fin nos habíamos puesto en rebelión. Por

fin estábamos luchando por algo. Ya estábamos cansados de estar muertos.

Recordaba cómo Don Hilario nos acusaba de ello en sus clases:

—¡Vuestra apatía se debe a vuestra falta de ideales! —gritaba desde la tarima—. ¡Os habéis quedado sin nada por lo que luchar y por eso ahora estáis vacíos!

Don Hilario era uno de los profesores que llevaba más tiempo en la Universidad, al que no habían conseguido echar a pesar de los múltiples intentos. En sus clases se indignaba y voceaba criticando la pasividad del joven:

—¡El deber fundamental de la juventud es la rebeldía! —dijo en otra ocasión citando a Gregorio Marañón—. ¡Y vosotros carecéis de ella! ¡Por eso esto ni es juventud ni es nada!

¿Has visto, Don Hilario, como sí somos capaces de rebelarnos?

¿No te diste cuenta de que estábamos deseando hacerlo? ¿De que deseábamos rebelarnos contra *algo*, fuese lo que fuese, con tal de cumplir con ese deber de rebeldía que tenemos por dentro?

Unas horas después entramos en las aulas, impidiendo el transcurso normal de las clases y animando a unirse a la huelga.

—¡Estamos en huelga! —decíamos—. ¡Nuestra lucha es vuestra lucha!

Alguien hizo saltar la alarma antiincendios, provocando que las clases acabasen de interrumpir-

pirse. Un rumor de triunfo se extendía por los pasillos de la Facultad, que iba cada vez en aumento.

—La policía está viniendo —avisó uno de los chicos—. ¡Tenemos que irnos!

Dijeron que una de las barricadas para impedir la entrada se había incendiado y los bomberos estaban apagándola. También que se había formado alguna pelea en la entrada de la Universidad que había acabado con algunos heridos.

Al aviso de la policía, salimos corriendo al exterior, donde se había congregado mucha gente. Había pancartas, banderas y altavoces.

Huelga, huelga, huelga.

La multitud empezó a marchar con fuerza mientras pedíamos dimisión del rector. Se coreaban lemas y se tiraron algunas bengalas.

Huelga, huelga, huelga.

Avanzábamos unidos, gritando, hacía el Rectorado de la Universidad. Cada vez se unía más gente. Marchábamos en bloque, como uno solo. Éramos invencibles. Nos sentíamos fuertes, poderosos.

Ana se colgó de mi brazo y yo me sentí feliz. Tuve ganas de besarla en ese mismo momento.

El murmullo se había convertido en un grito: *huelga, huelga, huelga.*

Ya casi estábamos en el edificio del Rectorado. La policía trató de cerrarnos el paso pero nosotros teníamos un objetivo y no estábamos dispuestos a retroceder.

—¡No nos moverán! —gritábamos.

No nos moverían porque por fin estábamos luchando por algo.

En ese momento, una duda surgió en mi mente que me hizo detenerme.

En el fondo, no sabía exactamente por qué se había convocado la huelga.

A las almas que nunca abandonaron la universidad

LAURA DÍAZ LÓPEZ

A Jaime y todos aquellos que aún lo sienten.

Once de julio de 2016. Era un bonito día de verano, todo transcurría con normalidad, nadie esperaba que esa noche todo cambiaría y la vida de muchas personas se truncaría en un solo instante. Diez y media de la noche, comienza la tragedia, nuestro compañero de la universidad, Gabriel, coge la moto con otro amigo, vuelven al barrio, como de costumbre, pasando por el Puente del Arenal y, de repente, ¡paf! Sucede lo nunca esperado, un coche colapsa con la moto de Gabriel en una rotonda, él sale disparado junto a la moto, su amigo saltó segundos antes, todo es confuso, se escuchan gritos de las personas que presenciaron el impacto, algunos corren a ayudar a su amigo mientras otros van a por él, que yace tumbado en el asfalto, ensangrentado y sin esperanza, junto a dos personas, exhala su último aliento, es demasiado tarde, la ambulancia no puede hacer nada. Multitud de curiosos llegan al lugar, no paran de hacer preguntas ¿Qué ha pasado? ¿Quién era?

¿Ha muerto?, algunos intentan responder inventando teorías sobre el accidente y otros, los peores, se dedican a fotografiar el lugar del mismo, mientras el cuerpo de Gabriel sigue tendido en el asfalto cubierto con una manta.

Minutos después del impacto, comienza la ola de mensajes confundidos y desesperados por hallar la verdad. Mi móvil suena sin parar y yo haciendo caso omiso, pues siempre suele sonar, pero entonces, llega la llamada más amarga y que jamás esperaría, es mi mejor amiga, Elena, está llorando y yo desconcertada, no comprendo nada, hasta que ella consigue articular palabras y con un hilo quebrado de voz dice “Gabriel... Gabriel ha muerto”. Un instante después de escuchar esa frase, quedo muda, no soy capaz de comprender lo que me acababa de decir, suelto el móvil y comienzan a brotar de mí un sinfín de lágrimas mientras intento asimilar lo ocurrido, me vienen a la cabeza miles de recuerdos junto a Gabriel y, por un momento, siento que todo es una pesadilla de la cual estoy a punto de despertar, cojo el móvil y me dispongo a llamarlo para confirmar que todo era una broma de mal gusto, pero ni siquiera da llamada y, repentinamente, mi padre irrumpe en la habitación, con el rostro desencajado, me abraza y finalmente me confirma la trágica noticia.

A la mañana siguiente de ese fatídico día, todas las redes sociales estaban inundadas con imágenes de Gabriel y mensajes de condolen-

cias, incluso el chat de nuestra promoción universitaria, el cual estaba abandonado desde comienzos de verano, se encontraba colapsado de mensajes tristes y melancólicos que resumían el gran vacío que había dejado esta pérdida en nuestros corazones. Esa misma tarde, a las cinco, se celebraba el acto al que nadie deseaba ir, el entierro, pero al cual todos asistimos. Tuvo lugar en el cementerio de la Fuensanta, y yo, como de costumbre, me retrasé en llegar un par de minutos, en realidad tenía miedo, seguía sin aceptarlo y tampoco estaba dispuesta a hacerlo, pero la sensación más impactante fue al llegar al cementerio donde una multitud de personas se encontraban en la puerta del mismo, allí estaban reunidos familiares, amigos e incluso gran parte de la Facultad, desde el vicerrector y la decana hasta todos los profesores y compañeros, tanto los más cercanos a él como con los que no tuvo tanto trato o incluso mantuvo alguna disputa. Era espeluznante ver a todos allí reunidos andando detrás del féretro donde se encontraba el cuerpo del difunto Gabriel y el cual llevaban a hombros sus dos hermanos junto a otros allegados. Fue una marcha silenciosa con algún llanto de fondo donde las personas que parecían más fuertes plañían con toda su alma mirando al cielo mientras se apoyaban en otras, sin importar si la relación entre ellos era buena o mala. Al fin y al cabo, era increíble cómo, incluso marchándose, Gabriel consiguió ser unión entre todos nosotros.

Dos meses más tarde, llegó septiembre y con él el comienzo de la universidad. El primer día de clase transcurrió de una forma muy extraña y fría. Al llegar al campus, todo el mundo se abrazaba como de costumbre y aunque sus rostros parecían alegres sus ojos no mentían, eran tristes y reflejaban, sin duda, lo que nadie se atrevía a decir, pero todos sentían, algo faltaba en ese lugar. Este hecho se confirmó cuando el vicerrector nos convocó a parte de la promoción en el aula Averroes, concretamente en la sala A1, donde todo el mundo ocupó un asiento, 33 para ser exactos, pero uno quedó vacío y, como era de esperar, este fue el lugar que solía ocupar Gabriel cuando teníamos clase en esa sala. Cuando todos nos encontrábamos sentados, en silencio y todas las miradas apuntaban hacia el asiento vacío, el vicerrector, Don Javier, comenzó a hablar, aún recuerdo sus palabras, aquellas que marcaron un antes y un después para muchos de nosotros en nuestra vida universitaria: “Quería convocaros aquí, en esta sala especial, para daros mi más sentido pésame por la gran pérdida de nuestro compañero Gabriel, era una gran persona y no se merecía lo sucedido, pero a todos nos llega la hora, debéis entenderlo y continuar vuestra vida con normalidad. Soy consciente de que ha sido una pérdida inesperada y trágica, pero quiero que sepáis que estoy a vuestra disposición si necesitáis hablar del tema, solo espero que esto no os afecte en exceso e impida vuestro éxito en la

universidad”. Las palabras de Don Javier resonaban en la sala mientras se escuchaban sollozos y todos quedaban estupefactos debido a la cercanía que mostraba el vicerrector, algunos centraban su mirada en él y otros muchos en aquel asiento vacío de la esquina de la tercera fila que se encontraba a mi vera y el cual días después se convirtió en un improvisado altar que pretendía recordarnos a todos la sencillez, alegría y positividad con la que Gabriel vivió su corta etapa en esta Universidad.

Los meses pasaban y el altar se fue desvaneciendo, aunque no con él su recuerdo, pero, sin embargo, todo se volvía cada vez más frío, los profesores hablaban de la muerte como si no recordaran lo que esta provocó en nosotros e incluso llegó el punto en el que otros estudiantes, nuevos, se sentaron en aquel asiento que durante tanto tiempo había sido tabú para todos nosotros. Por lo contrario y pese a todo lo ocurrido en los meses posteriores a la tragedia, Gabriel nunca abandonó la Universidad puesto que se encontraba, a diario, en nuestros pensamientos, la mayor demostración de ello fue el día de la graduación cuando, de repente, sin que nadie supiera ni esperara nada, Lucía, que fue la mejor amiga de Gabriel desde que coincidieron en el mismo colegio a los seis años, introdujo en su discurso un pequeño fragmento en el que hablaba sobre él, sobre cómo había vivido su ausencia y cómo lo había sentido presente en la Universi-

dad día tras día... Este suceso fue tan imprevisto para sus propios compañeros como para los profesores que incluso llegaron a emocionarse y es que, después de todo, ellos también tienen sentimientos y lo vieron madurar y crecer como persona dentro de estas aulas.

Dos años más tarde, continuó yendo cada 11 de julio al campus de mi Universidad, en la cual tuve el honor de conocer a mi querido ángel de la guarda, Gabriel. Hoy, 11 de julio de 2018 estoy montada en el cercanías cuya próxima parada me dejará a las puertas del campus donde nos reuniremos gran parte de mi promoción universitaria, Don Javier, el que fuera vicerrector y Doña Rosario, la que fuera decana, para conmemorar el segundo aniversario de su muerte y la cual, pese a las diferencias entre nosotros, nos mantuvo unidos para superar su duelo, yes que mucho se habla de las universidades, pero poco, muy poco, de todos aquellos secretos que estas guardan en sus entrañas.

Fuera lloviendo y Psicopatología II a las 9

ADRIÁN SERRANO SANZ

Está fumando un cigarrillo de liar encima de la cama después de acostarnos. Luego se va a la ducha y oigo rebotar el agua contra las mamparas y contra su cuerpo y quiero entrar en el baño pero fuera llueve y me mantengo mirando lo que hay al otro lado en un bajo de la ciudad que hemos convertido en universitaria.

Los jueves salíamos al único bar de lo viejo y una noche nos devoramos en un callejón y luego en la fachada de la biblioteca pública municipal. Desde entonces quedábamos todas las semanas para recorrernos: en los coches sin batería de la residencia –un Seat Ibiza negro del 95–, en la habitación doscientos –o trescientos– y algo del Colegio Mayor y en casi todos los lugares a los que podíamos entrar sin dinero.

Una noche me invitó a su casa y discutimos sobre Tarantino y Pulp Fiction –a mí no me parecía una obra maestra–, y fuera llovía de nuevo. Después, en el salón, me dijo que su compañera

de piso repartía condones a las prostitutas y que uno menos no iba a notarse. Luego otra vez los cigarrillos de liar mientras sonaba una sinfonía de lluvia caer fuera y la ducha dentro y yo mirándolo todo desde la ventana como un tutti de orquesta. Alguien en la ducha y alguien mirando la lluvia fuera mientras inhala y exhala cubriendo el cristal de un mando blanco imperativo que rebota.

Después de esa noche nos despedimos y no volvimos a vernos solos nunca.

Habían sido cuatro años fuera y en una de las últimas fiestas de despedida me dijo: bueno, buena suerte desde ahora. Igual nos vemos alguna otra vez.

Lo cierto es que sí nos vimos otra vez, como desconocidos que se cruzan en una calle un martes por la mañana por casualidad en otra ciudad, con un saludo incisivo y sin parar el paso: hola-hola-. Y ahí todo y prácticamente nada.

Sin embargo, esta noche aproximadamente cinco años después de la lluvia y el rebotar de la ducha, buscando otra cosa en los archivadores he encontrado unos apuntes a mano de psicopatología II –los miércoles y jueves a las 9– y he vuelto a todo eso de Tarantino y a andar 10 minutos de mi casa a la tuya, y luego la vuelta, cuando jarreaba en noviembre a las 3 y media de la mañana.

No te había vuelto a ver aquí desde entonces; sentada al lado riendo sobre todo y cualquier

cosa, y yo no me había vuelto a ver ahí; en el ataque–contraataque y el juego de sombras derrotándose y las gafas y el dibujar una blancura con las yemas.

No te vi cuando hicimos nuestra guerra, ni cuando lo puntual se convirtió en costumbre y luego en adicción, ni cuando susurraba sombras sin nombre, ni cuando nada. No había vuelto a verte desde la noche de ese miércoles antes del psicopatología II el día siguiente a las 9.

El día de la graduación todos firmes y a apretar sonrisas con la familia –las madres llorando extasiadas y los padres y los hermanos y hermanas y las abuelas–, tan emocionados que ninguno de ellos vio esta fisura ni el mundo que venía después de los trabajos, los exámenes en junio y septiembre y encadenar los jueves y la lluvia. El mundo de las prensas hidráulicas y las sirenas y el contrato de 6:40 horas y 5,8 € la hora.

La universidad fue eso de devorarse e ignorar el mundo que estaba aunque no lo viéramos entre una descarga de empujarse contra la pared y luego *para* y luego *sigue* y luego nada y después otra nada y saludarse como quien conoce a alguien de vista de la fila del supermercado o de cruzarse en el ascensor. No fue mucho más que eso. No conseguimos el Nobel antes de graduarnos en 2014 ni hicimos la Historia que considerábamos que nos esperaba a nosotros, los únicos, los primeros entre todos los primeros que habían estado en esto antes.

Años después, cuando trabajaba en la recogida de basura, pasé por tu calle. Recordé cómo salí a cinco grados vistiéndome mientras unos chicos en la calle se reían y volví a dibujar la blancura con los dedos dentro de los guantes de trabajo.

La blancura mientras recogía la orla imaginando un mundo teñido de oro, la blancura cuando te quedaste en la universidad, mientras andaba los diez minutos de tu casa a la mía a las tres de la madrugada. Al día siguiente tomabas esos apuntes sobre el criterio estadístico de desviación patológica y comentabas que, entonces, la normalidad era un criterio excluyente. Evidentemente si, la normalidad es un criterio excluyente. De ahí la lluvia y toda esa puesta en escena, porque todos íbamos a triunfar y no sé dónde estás tú pero sé dónde estoy yo y todo esto está muy lejos de la gloria.

Eterna gratitud

ADRIÁN ALMALÉ FRAGO

Llevaba sonando el despertador catorce minutos cuando conseguí levantarme. La noche anterior se nos había ido de las manos con esa “última y casa”. Pero debía entrenar e ir a clase así que me vestí, cogí la mochila de natación y salí del piso.

Ya al borde de la plataforma de salida me ajusté el mp3 con el gorro y salté, despertándome por completo en cuanto mi cuerpo adormilado sintió el frescor del agua por la mañana. Amaba esa sensación. Amaba nadar.

Unos setenta y cinco largos después paré para reajustarme los cascos bajo el gorro y, ya que estaba, tomar aliento y elegir la canción que más me motivara para seguir. Sin embargo, escuché voces que no procedían de mis auriculares y busqué rápidamente el origen. Había un cuerpo flotando dos carriles a mi izquierda. Buceé bajo las corcheras y nadé hasta él. Varón, caucásico, unos sesenta y cinco años. Le di la vuelta y lo

remolqué hasta fuera. Su pulso era débil. Alcé la vista mientras le abría la vía aérea y todavía no había ni rastro del socorrista. No perdí ni un segundo, procedí a realizarle la RCP. Treinta compresiones y dos insuflaciones tapándole la nariz al ritmo que me habían enseñado en clase. No sé si lo habréis hecho alguna vez, pero cansa. Y mucho. Y más aún si lleváis una hora de natación intensa. Pasados cinco interminables minutos, no podía más y aquel hombre seguía sin volver a la vida. Lo intenté una última vez hasta caer rendido y, justo cuando gritaba por última vez que alguien me ayudara, apareció el socorrista. Me relevó de inmediato.

Dos minutos después apareció su primera bocanada de aire. Tras expulsar todo el agua que había tragado me miró intensamente con unos ojos que expresaban una eterna gratitud que jamás olvidaré. Desconozco por qué me miró a mí primero y no a quien acababa de “salvarle la vida”, pero me vio expulsando el corazón por la boca y, una vez recuperados, me abrazó sin mediar palabra. Cinco minutos más tarde ya estaba en una camilla con dirección al hospital donde algún día yo trabajaría.

—Mañana podré volver a nadar gracias a ti, muchacho.

Me quedé de piedra ante tal fuerza de voluntad sin dejarse intimidar por lo acontecido.

—Pero no te exijas tanto —conseguí decir, con una leve pero auténtica sonrisa.

Me dirigió una última mirada llena de agradecimiento y, al cerrarse las puertas de la ambulancia, desperté.

Él seguía tirado en el suelo y el socorrista paraba la reanimación. No había podido salvarlo. Ni yo tampoco; me había desmayado intentándolo.

—Nunca había visto a nadie luchando tanto tiempo por salvar a alguien —dijo uno de los hombres que lo habían visto todo—. Es la segunda muerte que veo en esta piscina y, ni de lejos, la actuación del socorrista puede competir con la tuya. Deberías estar orgulloso.

—Gracias —contesté—. Pero no ha servido de nada.

—Créeme, él sabe lo mucho que has luchado por su vida. Fíjate en la sonrisa de su rostro. Deberías —añadió de pronto, posando su mano sobre mi espalda— dedicarte a esto.

Aquella mañana admito que no presté nada de atención en clase. Mi mente todavía seguía intentando salvarle la vida al hombre que conseguí sacar del agua.

—¡Profesor! —grité al ver a quien me había instruido en primeros auxilios—. Verás...

Le resumí mi mañana, tremendamente abatido y me contestó algo que jamás olvidaré:

—No todos están listos para salvarse, Nathan. Pero créeme cuando te digo que saben lo que hacemos por ellos en esos últimos instantes. Ellos y el resto de personas que presencian

y analizan nuestra actuación. Ahora saben que pueden nadar mil veces más tranquilos en esa piscina contigo en ella.



UCOPress

Editorial Universidad
de Córdoba



UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA
Vicerrectorado de Estudiantes
Biblioteca Universitaria